

# La historiografía peruana de la segunda mitad del siglo XIX. Una presentación inicial a través de la obra de José Toribio Polo<sup>1</sup>

Joseph DAGER ALVA  
Pontificia Universidad Católica del Perú

## RESUMEN

Utilizando como base el análisis de la obra de José Toribio Polo, pretendemos mostrar que la influencia del positivismo en el Perú historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX fue relativa y parcial. Para ello, intentaremos acercarnos a las principales características de la forma de hacer historia de esta época. En esa medida, presentaremos un panorama general de lo publicado en las cuatro principales revistas académicas del momento. Además, estudiaremos las polémicas históricas más importantes, deteniéndonos en la crítica que Polo hizo del *Diccionario* del general Manuel de Mendiburu. Asimismo, ofreceremos la noción que manejó Polo sobre la disciplina histórica, signo de su pertenencia a una generación de historiadores de transición entre una historia amateur y una más científica.

**Palabras claves:** Perú, siglo XIX, José Toribio Polo, historiografía, positivismo.

## ABSTRACT

Using the analysis of Jose Toribio Polo's work as a base, we seek to show that the influence of the positivism was relative and partial in the Peru's historiography of the second half of the nineteenth century. For that, we will try to approach to the main characteristics of the way history work was made at that time. In that measure, we will present a general view of what was published in the four main academic magazines of the moment. Besides, we will study the

---

<sup>1</sup> Deseo expresar mi sincero agradecimiento a la doctora Liliana Regalado de Hurtado, quien me motivó a publicar el presente trabajo.

most important historiographical polemics, emphasizing the critic that Polo made to the Manuel Mendiburu's *Dictionary*. Also, we will give the notion of Polo about history as a discipline, which is a sign that he belonged to a transitional generation of historians, between an amateur history and a more scientific one.

**Key words:** Perú, Nineteenth Century, José Toribio Polo, historiography, positivism.

Los historiadores peruanos durante el siglo XIX dieron los primeros pasos para escribir la llamada Historia Nacional. Ellos sentían que con el triunfo de la Independencia se empezaba un nuevo período en nuestra historia, y por lo tanto, la comenzaron a escribir de modo diferente. Entendieron la historia patria como una necesidad urgente y como requisito necesario para la consolidación de la identidad nacional. Entonces, la atención se concentró en el proceso de la Emancipación y en los primeros años de la República, es decir, las cuestiones inmediatas que enfrentaban los nuevos países. Se descuidó el tiempo prehispánico y las empresas descubridoras fueron calificadas como invasiones. En el intento de construir la nacionalidad, y de acuerdo a la visión de aquella época, la mejor forma de definirla era diferenciándola del dominio que había ejercido la anterior metrópoli española.

Manuel de Mendiburu y Mariano Felipe Paz-Soldán, quizá los dos historiadores más importantes de la primera parte de ese siglo, pese a las diferencias que entre ellos existen, pueden responder a las características antes descritas<sup>2</sup>. Con el paso de los años, nuevas generaciones

---

<sup>2</sup> PEASE, Franklin: «La visión del Perú: La historiografía». En: *Perú, Hombre e Historia. La República*. Lima: Edubanco, 1993, p. 98. Para tener una visión general de la historiografía peruana en el siglo XIX, además del interesante anterior artículo, puede revisarse: BURNS, Bradford: «Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography» En: *Hispanic American Historical Review*, 58, 1978, pp. 409-431. GUERRA, Francois-Xavier: «El olvidado siglo XIX» En: *Balance de la Historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1989, pp. 593-631. GUERRA MARTINIERE, Margarita: *La República*. En: *Historia General del Perú*. Lima, Brasa, tomo VII, 1994. PORRAS BARRENECHEA, Raúl: *Fuentes históricas peruanas*. Lima, Mejía Baca, 1954. RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la: *La Historia en el Perú*. En: *Obras Completas*. Lima, Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, tomo IV, 1965. RIVERA SERNA, Raúl: «Historia de la Historia». En: *Historia del Perú*. Lima, Mejía Baca, tomo X, 1980, pp. 281-372. VARGAS UGARTE, Rubén: *Manual de Estudios Peruanistas*. Lima, Librería e Imprenta Gil, 1959.

incluyeron otras temáticas en sus estudios como la época incaica. Ciertamente, José Toribio Polo y sus contemporáneos son un ejemplo de esto último<sup>3</sup>.

En anteriores trabajos hemos analizado la producción histórica y geográfica de José Toribio Polo. Ahora, centraremos nuestra atención en bosquejar los rasgos generales de hacer historia en la segunda mitad del siglo XIX peruano, época en la que Polo publicó su obra. Presentaremos un breve panorama, basándonos en algunos artículos publicados por sus contemporáneos en las revistas académicas del momento. Luego, abordaremos la crítica que hizo nuestro personaje al *Diccionario* del general Manuel de Mendiburu. Finalmente, intentaremos mostrar la noción de la historia como disciplina que manejó Polo. Todo lo anterior nos permitirá sugerir que la producción histórica de aquellos años refleja a investigadores de transición entre una historia *amateur* y una más científica, y que el positivismo tuvo en ellos una influencia mas bien relativa.

---

<sup>3</sup> José Toribio Polo nació en Ica en 1841 y falleció en Lima en 1918. Trabajó en diversos repositorios documentales como en el archivo del Cabildo eclesiástico o en el del Tribunal de Cuentas; también en la Biblioteca Nacional, institución de la que fue subdirector. (Una biografía del personaje en DAGER ALVA, Joseph: *Una aproximación historiográfica a la vida y obra de José Toribio Polo*. Tesis para optar el título de Licenciado en Historia. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1996, p. 7-63). En los trabajos de Polo referidos al pasado prehispánico podemos notar una manera más audaz para abordar la investigación histórica, donde los estudios etnográficos adquirieron particular importancia. Su obra geográfica tuvo una estrecha relación con la histórica. En sus estudios sobre la época prehispánica, como sus contemporáneos, utilizó a la geografía para ilustrarnos el contexto en el que se desarrolló la civilización estudiada. Asimismo, vale la pena destacar que la época colonial ocupó un lugar central en su producción histórica. Biografió a los que consideró grandes hombres aquel momento, especialmente a los personajes eclesiásticos, para así revalorar los aspectos positivos de esta etapa, y mediante el género biográfico, reflejar la Historia de esa época. En muchos de estos artículos hubo conclusiones poco acertadas, pero contribuyeron al conocimiento histórico y fueron utilizados por historiadores de las generaciones venideras. Polo, además, como hombre de su tiempo, reclamó contantemente la existencia de esa gran Historia Nacional, y creyó que esa Historia, además de ser civil y política, debía incluir aspectos eclesiásticos, etnográficos, geográficos y literarios (Para una análisis más detenido acerca de la producción histórica y geográfica de Polo, véase DAGER ALVA, Joseph: «La obra geográfica de José Toribio Polo». En: *Espacio: teoría y praxis*. H. CORDOVA (ed.). Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997, pp. 267-279; DAGER ALVA, Joseph: «La producción histórica de José Toribio Polo». En: *Histórica*, XXIII, 1999, pp. 1-45).

## EL ESTUDIO DEL PERÚ ANTIGUO Y LA INFLUENCIA DE SPENCER

En el último tercio del siglo XIX se empezó a investigar al Perú Antiguo de manera seria y continua. Aquellos trabajos, en palabras de Víctor Andrés Belaunde, se caracterizaron por el intento de rastrear los diversos grados de «civilización» y «progreso» a los que había accedido —por ejemplo— el Tawantinsuyu<sup>4</sup>, ciertamente influidos por las teorías popularizadas por Herbert Spencer. Bradford Burns acertadamente ha señalado que los historiadores latinoamericanos del siglo XIX seguían la noción de progreso postulada por Spencer, es decir lo entendían como aquella marcha lineal y evolutiva hacia el establecimiento de la perfección<sup>5</sup>. Dicha forma de entender el progreso fue muy común entre los intelectuales de la época<sup>6</sup>. Realmente los sedujo, al punto que según Jorge Basadre, «atrasado e ignaro pareció entonces todo aquel que no se extasiara ante una idea del siglo XIX que la sintió como ningún otro: la idea del progreso»<sup>7</sup>. Es por ello que Belaunde, al estudiar las obras de Prescott, Lorente y Wiener, subraya que la preocupación central de estos investigadores se orientó a establecer qué grado de evolución, perfección o progreso habían logrado las culturas prehispánicas<sup>8</sup>.

De manera que el positivismo en el Perú historiográfico de la segunda mitad del siglo XIX tuvo como una de sus principales características la de seguir las teorías spencerianas. Ahora bien, los positivistas del Viejo Mundo, según Collingwood, creyeron que

---

<sup>4</sup> BELAUNDE, Víctor Andrés: *El Perú Antiguo y los Modernos Sociólogos*. En: Obras Completas. Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario, 1987, p. 72.

<sup>5</sup> BURNS, 1978, p. 414. Jorge Basadre y David Sobrevilla, quienes se han ocupado en más de una ocasión del tema, comparten plenamente la opinión de Burns. (BASADRE, Jorge: *Historia de la República del Perú*. Tomo VII. Lima, Editorial Universitaria, 1963-1968, pp. 155-158; SOBREVILLA, David: «Las ideas en el Perú Contemporáneo». En: *Historia del Perú*. Tomo XI. Lima, Mejía Baca, 1980, p. 155).

<sup>6</sup> Vale la pena subrayar que algunas publicaciones periódicas limeñas dieron a conocer trabajos de Spencer. Por ejemplo, en el año 1885, en varios números de *La Revista Social*, se publicó el artículo de Spencer: «¿Cuál es el saber más útil?». *La Revista Social*, números 16-25, 1885.

<sup>7</sup> BASADRE; Jorge: *La promesa de la vida peruana*. Lima, Revista Historia, s/a, p. 22.

<sup>8</sup> BELAUNDE, 1987, p. 72. Estas afirmaciones calzan perfectamente para el caso de José Toribio Polo, quien en su trabajo *Los Uros del Perú y Bolivia* concluyó que estas poblaciones no habían logrado adaptarse al progreso y que se mantenían en estado primitivo (DAGER, 1999, p. 14).

«el proceso histórico era de idéntica especie al proceso natural, y por eso los métodos de la ciencia natural eran aplicables a la interpretación de la historia»

y, además, trataron de descubrir y exponer los hechos mismos, en los cuales se encontraría la verdad<sup>9</sup>. Sin embargo, el positivismo (entendido de aquella manera) en la historiografía peruana del momento no se desarrolló en todas sus implicaciones, precisamente por la influencia de Spencer. En efecto, Augusto Salazar Bondy afirma que la

«filosofía de Spencer fue reconocida y exaltada en el Perú como la más genuina realización de los ideales positivistas»<sup>10</sup>.

Pero, inmediatamente agrega:

«es sabido que el spenciarismo fue sólo a medias positivismo. En el Perú, en cambio, resulta positivismo genuino»<sup>11</sup>.

Esta precisión adquiere particular relevancia porque en el Perú del siglo XIX, como veremos, muchos de aquellos trabajos no son en puridad positivistas, por las diversas interpretaciones y especulaciones que allí pueden hallarse<sup>12</sup>.

Los historiadores peruanos del siglo XIX, éstos que en ocasiones han sido llamados positivistas, lo fueron —como en el transcurso de estas páginas intentaremos mostrar— en algunos sentidos, pero no totalmente.

<sup>9</sup> COLLINGWOOD, R.G: *Idea de la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 131.

<sup>10</sup> SALAZAR BONDY, Augusto: *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima, Editores Francisco Moncloa, p. 6.

<sup>11</sup> *Loc. cit.*

<sup>12</sup> José Toribio Polo en *La Piedra de Chavín* estudia el resto arqueológico que hoy conocemos como «Estela Raimondi», lo cree de la época de los incas y afirma que el ídolo representado sería el propio dios Sol (DAGER, 1999, p. 12). Afirmaciones como ésta, hicieron que José de la Riva-Agüero y Osma criticara esta monografía de Polo por estar «recargada con fantasías etnográficas y arriesgadas conjeturas por el estilo de las de [Pablo] Patrón» (RIVA-AGÜERO Y OSMA, José: «D. José Toribio Polo». En: *Mercurio Peruano*, 1, 1918, p. 130). Pablo Patrón es otro claro ejemplo de cómo estos historiadores especularon muchos más de lo que un positivista hubiese suscrito. Fue médico, estuvo muy ligado a la investigación histórica, contemporáneo de Polo, seguidor de Spencer. Muchos de sus trabajos los dedicó al pasado prehispánico, y sugirió que los antiguos peruanos habrían tenido un origen caldeo.

Cierto es que hace algunos años Pablo Macera, y recientemente Teodoro Hampe, han calificado de esta manera la producción histórica de varios investigadores nacidos en el siglo XIX<sup>13</sup>. Sin embargo, es necesario realizar precisiones respecto de tal encuadre cronológico, puesto que muchos de aquellos empiezan a publicar sus investigaciones en pleno siglo XX, cuando los historiadores que nosotros estudiamos están en su madurez o acaso terminando su vida académica.

Lo que sucede es que en algunas publicaciones, la *Revista Histórica* por ejemplo, junto con Polo y sus contemporáneos más directos, publican también nuevos historiadores como José de la Riva-Agüero o Víctor Andrés Belaunde, que representan un giro historiográfico, que pertenecen a una nueva generación con un mayor manejo académico, que renueva métodos y criterios. La generación, en cambio, que ocupa nuestros actuales propósitos, es precisamente la de transición entre la primera generación de historiadores peruanos del siglo XIX y aquella nueva que se la ha identificado con la primacía del historicismo y que creció muy ligada al Instituto Histórico del Perú<sup>14</sup>. El desarrollo del positivismo en el Perú del siglo XIX estuvo marcado por la influencia de Spencer con su visión organicista y evolutiva de las sociedades<sup>15</sup>, pero el spencerianismo, ya lo dijo Salazar Bondy, es «sólo a medias positivismo»<sup>16</sup>.

David Sobrevilla, quien además del pensamiento filosófico, aborda el histórico, el jurídico, etc., coincide plenamente con aquella caracterización del positivismo. Sobrevilla, incluso, indica que otra de las particularidades del positivismo en el Perú, fue que hubo muchos autores que no cuestionaron la religión y que incluso fueron creyentes o teístas<sup>17</sup>. Augusto Salazar Bondy insiste en este último planteamiento:

---

<sup>13</sup> MACERA, Pablo: «La historia en el Perú: ciencia e ideología». En: *Trabajos de Historia*. Tomo I. Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1977, pp. 4-5. HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro. «Trayectoria y balance en la historiografía: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995)». En: *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 23, 1996, pp. 44-46.

<sup>14</sup> HAMPE, 1996, p. 45.

<sup>15</sup> PEASE, Franklin: «Prólogo» a Víctor Andrés Belaunde. *El Perú Antiguo y los Modernos Sociólogos*. En: *Obras Completas*. Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario, 1987, p. LXXI.

<sup>16</sup> La corriente positivista, según Salazar Bondy, se introdujo en el Perú hacia 1860, teniendo su máxima vigencia entre los años 1885-1915. El ocaso de esta corriente en el Perú se relacionó con la declinación del evolucionismo spenceriano (SALAZAR BONDY, 1965, p. 6).

<sup>17</sup> SOBREVILLA, David: «Las ideas en el Perú Contemporáneo». En: *Historia del Perú*. Lima, Mejía Baca, 1980, p. 155.

«Los positivistas peruanos se mostraron vacilantes y superficiales en muchos puntos de doctrina (...). No es raro encontrar en boca de ellos una requisitoria en pro de la armonía, posible y fecunda, entre la ideología positivista y las creencias religiosas»<sup>18</sup>.

Por su parte, Franklin Pease, refiriéndose específicamente a los trabajos de corte histórico, sostiene que el positivismo

«no fue tan consistente en el Perú como en otros países de la América Latina»<sup>19</sup>.

Otra de las características del estudio de la época prehispánica fue que los historiadores se ocuparon del territorio, del aspecto geográfico, como una «introducción ilustrativa al estudio de la civilización»<sup>20</sup>. En ello también podemos observar la influencia de la historiografía europea y cómo nuestros historiadores conocían y usaban sus postulados. Gooch afirma que desde la segunda mitad del siglo XIX, en los estudios europeos sobre la civilización, «el escenario fue la primera consideración», a partir de la insistencia de Karl Ritter en la necesidad de la disciplina geográfica para este tipo de investigaciones<sup>21</sup>. Más aún, Hellwald, hacia 1874, llegó a sostener que el desarrollo cultural era un proceso natural condicionado por la raza, la geografía y el clima, postulado que logró alcanzar una importante difusión<sup>22</sup>. De hecho, Belaunde encuentra muy presente la importancia del estudio del aspecto geográfico en las obras de Prescott, Lorente y

---

<sup>18</sup> SALAZAR BONDY, Augusto: *La Filosofía en el Perú*. Lima, Editorial Universo, 1967, p. 75. Si bien Salazar Bondy se ocupa fundamentalmente de los trabajos y autores filosóficos, su noción puede aplicarse también al caso de los historiadores. Por ejemplo, José Toribio Polo, aunque en su juventud sostuvo posiciones liberales y anticlericales, siempre fue creyente; y, más aún, en su madurez y vejez, en pleno auge del positivismo, se mostró muy respetuoso con la Iglesia dedicándose a estudiar la historia eclesiástica colonial (DAGER, 1996, pp. 52-58 y pp. 72-87). Claro que en el Perú sí hubo pensadores radicales en materia religiosa, como el anecdótico caso de Celso Bambarén, quien según sugiere Palma, y cita Basadre, llegó a declararse «enemigo personal de Jesucristo» (BASADRE, 1963-68, Tomo V, p. 45). Pero ciertamente casos como éste no fueron en lo absoluto los más comunes.

<sup>19</sup> PEASE, 1993, p. 98.

<sup>20</sup> BELAUNDE, 1987, p. 76.

<sup>21</sup> GOOCH, G. P: *Historia e Historiadores en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1942, p. 576 y pp. 570-571.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 581.

Wiener<sup>23</sup>. Ésta fue una idea tan arraigada en nuestro medio que cuando Ricardo Palma realizó su ácida crítica al *Compendio de Historia del Perú* del Padre Cappa, afirmó que ese texto

«empieza por no dar idea geográfica del país, teatro de los acontecimientos en que el historiador va a ocuparse»<sup>24</sup>.

## LA INVESTIGACIÓN COLONIAL Y LA ERUDICIÓN

La investigación sobre la conquista y la época colonial fue otro de los rubros muy trabajados por los historiadores del siglo anterior. Manuel de Mendiburu, Mariano Felipe Paz-Soldán y José Toribio Polo coincidieron en calificar la llegada de los españoles como un invasión sangrienta. En general la condenaron. Pero Paz-Soldán va más allá al afirmar que los españoles se comportaron siempre con los americanos como si fuesen enemigos<sup>25</sup>; afirmación que extiende la censura a la época colonial en su totalidad, y que Mendiburu no suscribe. Como es conocido, el *Diccionario* del General se encuentra plagado de biografías de personajes que el autor considera ilustres, americanos o españoles, protagonistas de hechos que también juzga como muy beneficiosos.

José Toribio Polo, por su parte, se empeñó en mostrar que muchos personajes de la época colonial fueron notables, en especial los dedicados al quehacer eclesiástico. Pero no solamente ellos, incluso entre los virreyes encuentra Polo personajes de indiscutible probidad. Por ejemplo, criticó a Agustín de La-Rosa Toro cuando éste, en su *Historia Política del Perú*, afirmó que cada virrey se comportaba como un sultán, pero según Polo no indicó cuáles habrían sido los vicios y además «se olvida que tuvimos virreyes que valían más que los propios reyes que los enviaron»<sup>26</sup>. Más

<sup>23</sup> BELAUNDE, 1987, pp. 71-75.

<sup>24</sup> PALMA, Ricardo: «Refutación a un texto de Historia». En: *Tradiciones Peruanas*. Tomo V. Lima, Editorial Cultura Antártica, 1951, p. 369. En varias de las monografías de José Toribio Polo, podemos notar que él también utilizó los datos provenientes de la geografía para construir la historia y ofrecer el contexto en el que se desarrolló la civilización, en especial aquellas referidas al tiempo prehispánico. Pero no sólo en ellas, sino también cuando se ocupa de biografiar a los obispos de Arequipa y Trujillo, puesto que allí consigna un acápite introductorio en el que da cuenta de la región (DAGER, 1996, pp. 96-111).

<sup>25</sup> PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe: «Prólogo» a la *Historia del Perú Independiente*. Tomo I. Lima, 1868, p. 14.

<sup>26</sup> POLO, José Toribio. «Bibliografía». En: *El Nacional*. Lima, 1° de julio de 1870.



aún, en este mismo artículo reprobó a Mariano Felipe Paz-Soldán, en su *Historia del Perú Independiente*, por haber entendido mal el régimen de la colonia:

«ha estudiado cuando más las intrigas palaciegas y las tendencias de los gobernantes, sin curarse de otros pasajes del estado y la sociedad»<sup>27</sup>.

De modo que en tiempos de José Toribio Polo se entendía la época colonial en dos direcciones distintas. Por un lado, puede percibirse un fuerte cuestionamiento, pero, por el otro, se observa también un intento por revalorarla. Esto último se hará más evidente en las décadas de 1860 y 1870, sobre todo a partir de la publicación del *Diccionario* de Mendiburu, algunas monografías sobre el tiempo virreinal y el importante aparato documental que dirigiera el coronel Odriozola. Este intento revalorativo marcó la obra de José Toribio Polo dedicada a la colonia. Aunque no dejo de considerar la conquista como un hecho sangriento, sí entendió la etapa colonial con matices positivos.

En el anterior aspecto se hace necesario subrayar la importancia que se le concedió a la investigación biográfica referida a los que se juzgaba principales protagonistas del momento. La historia de los grandes hombres, tan presente en la historiografía romántica europea, en la que Carlyle destacó nítidamente<sup>28</sup>, fue también entre nosotros, un excelente medio dentro de la visión del momento, para acercarse a la historia de la época. Mendiburu, Polo y varios de sus contemporáneos calzan muy bien en esta tendencia. El historiador chileno Diego Barros Arana, por ejemplo, afirmaba que si la historia de una determinada región no ofrecía un modelo de hombre, eran los historiadores los encargados de construirlo<sup>29</sup>.

Por otra parte, el estudio de la época colonial también tuvo características cercanas al positivismo. Siguiendo a Edward Carr, podemos afirmar que el positivismo europeo fue una reacción en contra de la historia moralizadora, por lo que procuró sólo mostrar los hechos<sup>30</sup>. Esto trajo como

---

<sup>27</sup> *Loc. cit.*

<sup>28</sup> FUETER, Ed: *Historia de la Historiografía Moderna*. Tomo II. Buenos Aires, Editorial Novoa, 1953, p. 91.

<sup>29</sup> ENCINA, Francisco: *La literatura histórica chilena y el concepto actual de historia*. Santiago, 1935, p. 63.

<sup>30</sup> CARR, Edward: *¿Qué es la Historia?* Barcelona, Ariel, 1993, p. 51.

resultado, según Collingwood, que se entendiese como el mejor historiador al «más grande maestro del detalle»<sup>31</sup>. En efecto, en la producción histórica peruana del siglo XIX, abundaron las monografías, muchas de ellas referidas a cuestiones —al decir de Vargas Ugarte— anecdóticas o llamativas<sup>32</sup>. Y, de hecho, al caracterizar de positivistas a aquellos historiadores, siempre se ha hecho alusión a este tipo de estudios eruditos. Ello, sin embargo, no debe hacernos pensar que las obras resultado de esas investigaciones y de ese trabajo de archivo son en esencia positivistas, puesto que en ellas está muy presente la subjetividad y la intención moralizadora como rezago de la escuela romántica. Incluso, puede hallarse una serie de juicios de valor dada la necesidad de enaltecer a algún personaje para ofrecerlo como modelo de vida a seguir<sup>33</sup>, o acaso con el propósito de condenar su proceder.

Junto con la confección de trabajos eruditos se encuentra la edición de documentos. Ciertamente, otra señal que nos indica cierta cercanía con el positivismo se encuentra en el manejo de las fuentes. Se creía en la veracidad de los documentos, los cuales eran coleccionados por los historia-

<sup>31</sup> COLLINGWOOD, 1990, p. 129.

<sup>32</sup> VARGAS UGARTE, 1959, p. 10.

<sup>33</sup> Esta tendencia apologética, en algunas ocasiones, hace que estos historiadores se equivoquen al creer al pie de la letra lo que de sí mismos afirmaron los autores que estudian. Uno de los casos más evidentes, a nuestro entender, es el estudio de Polo sobre Francisco de Ávila, el cual por cierto tiene el indudable mérito de ser en nuestro suelo el primer trabajo histórico serio sobre el personaje. Polo nos presenta al doctrinero de Huarochirí con un particular celo por combatir las creencias prehispánicas desde que llegó a su doctrina. En 1607, cuando los indígenas lo denuncian a causa de cometerles una serie de abusos, lo estarían haciendo —según Polo— por venganza, sería una respuesta a los denodados esfuerzos de Ávila en contra de la autóctona religión (POLO, José Toribio: «Un quechuista». En: *Revista Histórica*, tomo I, 1906, pp. 24-38). Pero, en contrario, posteriores investigaciones han demostrado que Ávila recién «descubre» (en realidad denuncia) las idolatrías en 1608. Es decir un año después de que sus doctrinados lo enjuiciaron (ACOSTA, Antonio: «Estudio biográfico sobre Francisco de Ávila». En: TAYLOR, G.: *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVI*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1987, pp. 562-565). Antes de esta denuncia no hay en sus escritos alusión alguna a la idolatría. En 1645, Ávila redactó la Introducción a la primera parte de su *Tratado de los Evangelios*, allí, y desde su puesto de canónigo limeño, expuso todos sus méritos y servicios. Y, entonces, quiso que creyéramos que los indios lo denunciaron por haber sido él un enviado de Dios para acabar con los ritos idolátricos (*Ibidem*, pp. 607-615). Lo que ha ocurrido es que Polo ha seguido fielmente la versión que muchos años después el mismo Francisco de Ávila pretendió dejar para la posteridad. Esto, además, le servía a nuestro autor para ofrecer un buen ejemplo de vida a seguir (DAGER, 1996, pp. 76-77).

dores para una posible y posterior edición<sup>34</sup>. Tanto Burns como Pease coinciden en señalar a ésta, como una de las características propias de la historiografía del siglo XIX<sup>35</sup>. Más aún, estos historiadores —según Pease— creyeron que «demostrar las fuentes empleadas para su tarea intelectual era condición fundamental y garantía de su probidad científica»<sup>36</sup>. Sin embargo, les «faltó sentido crítico en la elección de las fuentes», en opinión de Vargas Ugarte<sup>37</sup>. Pese a ello, hacia el fin de la centuria, Polo y sus contemporáneos más directos, mostrarán un inicial cuestionamiento a las crónicas, como fuente absolutamente verosímil.

## LA INDEPENDENCIA Y LA TEMPRANA REPÚBLICA

Los trabajos referidos a la Independencia están mucho más lejanos de ofrecer la pretendida «imparcialidad» positivista. Si bien Paz-Soldán inaugura la costumbre de citar a pie de página, y casi todas sus afirmaciones van respaldadas de un sólido aparato documental<sup>38</sup>, se aparta de la objetividad ya que «ensalza la figura de Gamarra como salvador de la unidad peruana y considera a Santa Cruz un hombre ambicioso y un invasor»<sup>39</sup>. Además, como piensa Basadre, Paz-Soldán careció de «todo procedimiento sistemático para la crítica de los materiales por él con tanto trabajo

---

<sup>34</sup> Mariano Felipe Paz-Soldán logró reunir una importante masa documental de la que dio cuenta en su famosa *Biblioteca Peruana* (PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe: «Biblioteca Peruana». En: *Revista Peruana*, tomos I, II, y III, 1879). Por su parte, Manuel González de la Rosa, como recientemente ha señalado Pascal Riviale, dispuso de una buena cantidad de documentos relativos al Perú prehispánico y colonial (RIVIALE, Pascal: «Manuel González de la Rosa, sacerdote, historiador y arqueólogo». En: *Histórica*, XXI, 1997, p. 279). Asimismo, José Toribio Polo tuvo en su poder, editó y legó a su familia una lista razonablemente grande de documentos, entre los cuales se hallaban oficios de diversos obispos y de la Real Audiencia; cartas firmadas por —entre otros— José de San Martín, Simón Bolívar, el presidente Ramón Castilla, etc. (DAGER, 1996, pp. 168-170).

<sup>35</sup> BURNS, 1978, pp. 417-419; PEASE, 1993, p. 97. En la misma línea, Rubén Vargas Ugarte afirma que Manuel González de la Rosa, Manuel de Mendiburu, Manuel de Odriozola, José Toribio Polo y Enrique Torres Saldamando pertenecen a la misma generación de historiadores caracterizada por haber salvado parte de la documentación colonial (VARGAS UGARTE, 1959, p. 403).

<sup>36</sup> PEASE, 1993, p. 97.

<sup>37</sup> VARGAS UGARTE, 1959, p. 10.

<sup>38</sup> GUERRA, M., 1994, p. 402; PEASE, 1993, p. 97.

<sup>39</sup> *Ibidem.*, 1994, p. 403.

allegados»<sup>40</sup>. Asimismo, Nemesio Vargas, generacionalmente contemporáneo a Polo y calificado por Sobrevilla como historiador positivista<sup>41</sup>, en su *Historia del Perú Independiente* pierde objetividad cuando se refiere a los personajes que él conoció. Es verdad, como indica Sobrevilla, que Vargas trabaja con fuentes primarias, pero eso no basta para calificarlo de positivista. Más aún, Margarita Guerra ha señalado con acierto que «son raros los casos en los cuales nos da la referencia bibliográfica o documental utilizada»<sup>42</sup>.

En los artículos dedicados a los años iniciales de la República, la subjetividad se hace mucho más evidente. La mayoría de estas obras, nos dice Pease, fueron «escritas en medio de intereses justificatorios políticos (biografías y alegatos diversos)»<sup>43</sup>. O también con el fin de censurar. En ambos casos se utilizaron folletos:

«El folletismo intercepta como si fuera flora de la selva amazónica, los caminos historiográficos de nuestro siglo XIX»<sup>44</sup>.

## UNA GENERACIÓN ECLÉCTICA

Alberto Varillas ha propuesto un interesante método para dividir en generaciones a los escritores del siglo XIX. Su trabajo está centrado en la producción literaria, pero nos es útil ya que se preocupa en señalar ciertas características comunes a cada generación. Según Varillas, Polo pertenecería a la generación de los nacidos entre 1837 y 1851 y, en esa medida, resulta contemporáneo de otros intelectuales tales como: Alejandro Deustua, Manuel González Prada, Manuel González de la Rosa, Eugenio Larrabure, Rosendo Melo, Enrique Torres Saldamando, Nemesio Vargas, etc.<sup>45</sup>. Esta generación tiene entre otros elementos formativos comunes el hecho de que la mayoría estudió en Lima y muchos de ellos —Polo, por ejemplo— se desempeñaron como funcionarios públicos<sup>46</sup>. Es además la

<sup>40</sup> BASADRE, 1963-68, tomo V, p. 122.

<sup>41</sup> SOBREVILLA, 1980, p. 150.

<sup>42</sup> GUERRA, M., 1994, p. 408.

<sup>43</sup> PEASE, 1993, p. 103.

<sup>44</sup> BASADRE, s/a, p. 26

<sup>45</sup> VARILLAS, Alberto: *La literatura peruana del siglo XIX*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1992, pp. 220-221.

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 238-250.

generación de la Guerra con Chile. Ellos participaron en la defensa de Lima y algunos se autoexiliaron luego de la ocupación.

Otra característica importante, referida en este caso directamente a los historiadores, es que ellos no fueron formados profesional y académicamente como tales. De hecho, ni en el Perú, ni tampoco en Europa, existía la carrera de Historia como profesión. La historiografía decimonónica, en un principio, y con muy raras excepciones, se desarrolló «al margen de la Universidad»<sup>47</sup>. La falta de un método profesional es, muy probablemente, una razón de primera importancia para entender la enorme atención que se le concedió a los documentos por sí mismos, al creer que en ellos se encontraba la total certeza y pensar que —en algunos casos— con editarlos era suficiente.

De igual forma, esta situación de una ausencia de formación universitaria en el oficio pueda tal vez ayudarnos a comprender porqué estos historiadores, como por ejemplo Polo y González de la Rosa, no pudieron concentrarse en temas específicos de investigación. Por el contrario, es común en la época encontrar una obra un tanto dispersa y variada. Varillas reconoce la misma situación para el caso de la producción literaria, y sostiene que esta generación «corresponde a lo que en España se denominó el eclecticismo», es decir aquella escuela en cuya obra no se hallan características claramente marcadas y definidas, sino huellas de diversas tendencias<sup>48</sup>.

## LAS REVISTAS ACADÉMICAS

### La Revista Peruana

La *Revista Peruana* fue fundada por Mariano Felipe Paz-Soldán, a la sazón ministro de Instrucción, en el año 1879. Desde el «prospecto» del primer número, los editores establecieron claramente sus intenciones.

---

<sup>47</sup> Al respecto, Franklin Pease afirma que en el Viejo Continente, recién durante la época en la que «daban a la imprenta sus obras autores como Paz-Soldán, Mendiburu y otros de sus contemporáneos, la historia adquirió carácter de disciplina universitaria» (PEASE, 1993, p. 96 y 103).

<sup>48</sup> VARILLAS, 1992, p. 276. Todo lo anterior se cumple especialmente en José Toribio Polo que si bien realizó estudios en el Convictorio de San Carlos y en el Seminario de Santo Toribio, nunca los completó, su formación académica no fue adecuadamente sólida (DAGER, 1996, pp. 7-18).

Afirmaron que no van a ocuparse de la política presente, sino de la del pasado «porque es más fácil estudiar la anatomía sobre un cadáver, que sobre un ser que se mueve y grita, cuando siente la acerada hoja del escalpelo»<sup>49</sup>. Entonces, dentro de este pensamiento, parece estar claro que la ocupación del historiador debe centrarse en el estudio del pasado<sup>50</sup>.

La *Revista Peruana* fue la revista de los historiadores. Aunque tuvo antecesores en la *Revista de Lima* o *El Correo del Perú*, esfuerzos importantes, pero sin total fortuna, la *Revista Peruana* fue la primera publicación especializada de esta índole que permitió debates científicos relacionados con nuestra disciplina. Los editores lo declararon de la siguiente manera:

«La historia será nuestra ocupación preferente, y hallarán en ella nuestros lectores consejos para el presente y enseñanzas para el porvenir»<sup>51</sup>.

En esta publicación se iniciaron los estudios serios sobre el Tawantinsuyu. Fue allí donde Sebastián Lorente dio a conocer su *Historia de la civilización peruana*<sup>52</sup>. Esta obra es un buen ejemplo de la presencia de elementos que podríamos relacionar con el positivismo, como nociones evolucionistas y referidas a las leyes por las que estaría regida la historia. Nos dice el autor que es importante el orden en la historia, porque es «constante la relación entre las causas y los efectos, enlazándose siempre con el pasado y con el presente». Además existirían «leyes que presiden el destino del hombre»<sup>53</sup>. Sin embargo, no es un positivismo puro porque Lorente, a renglón seguido, nos dice que es necesario aplicarle a los estudios históricos «la filosofía de la historia», dado que «*la crítica* ha renovado en nuestro siglo la historia del antiguo mundo»<sup>54</sup>.

<sup>49</sup> *Revista Peruana*, tomo I, 1879, p. 3.

<sup>50</sup> Sin embargo, al estar la patria en peligro, en plena Guerra con Chile, podemos encontrar en las páginas de la revista diversos artículos que tratan sobre asunto tan inmediato. En especial «reseñaban acontecimientos o discutían las causas y los orígenes del conflicto» (PEASE, 1993, p. 103).

<sup>51</sup> *Revista Peruana*, tomo I, 1879, p. 3. En ello podemos notar la impronta de entender a la historia como una «maestra», su función estaría relacionada con la enseñanza.

<sup>52</sup> LORENTE, Sebastián: «Historia de la civilización peruana». En: *Revista Peruana*, tomo I, pp. 5-15; 81-89; 161-164.

<sup>53</sup> *Ibidem*, pp. 88-89.

<sup>54</sup> *Ibidem*, p. 89. Las cursivas son nuestras.

Manuel González de la Rosa, también en esta revista, publicó «La Historia de los Incas» de Pedro Cieza de León y fue el primero que acertadamente se la atribuyó al cronista, aunque el manuscrito ya fuese conocido (Pease, 1986: XII). En el estudio introductorio, como historiador del momento, y para garantizar su probidad científica, afirma:

«El presente artículo no ha tenido más objeto que demostrar la autenticidad de la obra de Cieza»<sup>55</sup>.

Lograda esta demostración, en el pensamiento del presbítero, se avanzaría notablemente en el conocimiento de la civilización incaica, porque para ello son imprescindibles los documentos. No puede, según este autor, retratarse de una plumada una época histórica «sin tomarse el trabajo de registrar y meditar los mil protocolos que se hallan diseminados»<sup>56</sup>. Por último, pareciera referirse a Lorente, aunque no lo mencione directamente:

«Lo que se acostumbra a llamar filosofía de la historia, no se concibe donde la historia misma aún no existe; ésta presupone las crónicas generales o particulares»<sup>57</sup>.

La anterior polémica es particularmente interesante porque nos muestra a dos tradiciones historiográficas distintas. George Vásquez ha publicado un útil ensayo donde pretende resumir las principales características de la producción histórica latinoamericana durante el siglo XIX. Allí, cita al historiador argentino Enrique de Gandía, quien postulaba que el debate historiográfico propio del siglo anterior enfrentó a los historiadores que buscaban reconocer las ideas que dominaban la historia con aquellos que se oponían a «hacer historia filosófica sin conocer previamente los hechos en toda su perfección crítica»<sup>58</sup>. Efectivamente, Sebastián Lorente y Manuel González de la Rosa representan visiones distintas de entender la metodología, que manifiestan diferencias generacionales y

---

<sup>55</sup> GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel: «La historia de los incas por Cieza de León». En: *Revista Peruana*, tomo I, 1879, p. 136.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 37.

<sup>57</sup> *Loc. cit.*

<sup>58</sup> GANDÍA en VÁSQUEZ, George: «La historiografía latinoamericana del siglo XIX. El caso de tres historiadores ilustres: Andrés Bello, Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre». En: *Histórica*, XX, 1996, p. 132.

que se suceden a la vez que José Toribio Polo publica. Él se nutrió de ambas: se permitió especular, en sus estudios prehispánicos, quizás hasta más que González de la Rosa, e incluso aconsejó utilizar además de las crónicas otro tipo de documentos; sin embargo no siguió totalmente a Lorente, a quien —como ya veremos— acusó de imaginativo.

La *Revista Peruana*, además, tuvo en sus páginas otras publicaciones de indudable importancia: Ricardo Palma dejó allí parte de sus *Tradiciones Peruanas*, Manuel de Mendiburu escribió diversos artículos sobre historia colonial, al igual que Enrique Torres Saldamando, quien dio a conocer sus *Apuntes históricos sobre las encomiendas en el Perú*. De otro lado, esta publicación acogió también trabajos referidos a la Independencia y a los primeros años de la República; como los de su propio fundador, Mariano Felipe Paz-Soldán, destinados a analizar los primeros parlamentos peruanos. Este último autor empezó a publicar su *Biblioteca Peruana*, importantísimo recuento de las diversas publicaciones existentes. Paz-Soldán, ya desde esa época, nos retrata el valor que se le otorgaba a la revisión historiográfica:

«Nadie puede considerarse un erudito en una materia si antes no ha consultado los célebres escritores sobre ella»<sup>59</sup>.

La *Revista Peruana* fue también una tribuna en la que editores y autores difundieron fuentes, muchas de ellas inéditas hasta ese momento, en la sección titulada «Documentos Históricos». De ese modo, encontramos la sentencia de Gonzalo Pizarro<sup>60</sup>, correspondencia del gobernador La Gasca<sup>61</sup>, del marqués de Torre Tagle y de Rodil<sup>62</sup>, de José de San Martín y Simón Bolívar<sup>63</sup>, etc. Se reimprimió la gramática yunga de Fernando de la Carrera. Manuel González de la Rosa, además de la obra de Cieza, publicó *La Historia de Lima* del padre Cobo<sup>64</sup>.

Por último, la *Revista Peruana* fue una de las publicaciones periódicas especializadas más importantes del siglo XIX, tanto por pionera como por la temática y contenido de sus artículos. Fue la sede de una historiografía naciente, con historiadores sin formación académica en el oficio, con

<sup>59</sup> PAZ-SOLDÁN, 1879, p. 71.

<sup>60</sup> *Revista Peruana*, tomo I, 1879, p. 45.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 44-45.

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 279-283.

<sup>63</sup> *Revista Peruana*, tomo II, pp. 40-49; pp. 437-441.

<sup>64</sup> El libro primero de esta obra se encuentra en: *Revista Peruana*, tomo II.



intuiciones acertadas o no, pero en la búsqueda de un método para entender a la investigación histórica como una disciplina. En sus páginas encontramos la obra de la primera generación de nuestros historiadores, liderada por Lorente, Mendiburu o Paz-Soldán, junto con una nueva generación representada por Polo o González de la Rosa. Ello explica la presencia de los debates históricos. Nuestra inicial presentación ha pretendido reflejar los temas y tendencias de aquel momento historiográfico, sin embargo convendría un estudio más detallado del contenido de los trabajos publicados en ella. Éste sería una excelente ventana para asomarnos a una visión general, pero bastante completa, de la historiografía de aquel siglo.

### La Revista Americana

Esta publicación fue fundada en octubre de 1891 y pretendió tener una frecuencia de aparición quincenal, siendo José Toribio Polo su director literario. Se trataba de una revista con intereses más amplios que la anterior: literatura, artes, ciencias, industria; e incluso incluía una sección titulada «Crónica general», que trataba sobre política actual, y que por eso mismo, fue suprimida algún tiempo después<sup>65</sup>. La intención histórica está también muy presente, ya que en el prospecto del número inicial se nos informa que pretenden

«hacer conocer al Perú incásico en todo su apogeo, en la época colonial y en la presente; la fisonomía de sus hombres prominentes»<sup>66</sup>.

La *Revista Americana* no tuvo la trascendencia ni especificidad de la *Revista Peruana*, pero acogió diversos artículos históricos y publicó documentos inéditos.

Fue allí donde Polo, siguiendo con la intención de estudiar el incanato —propia de la época y de su revista— publicó por vez primera su mono-

<sup>65</sup> Los editores explican que la supresión se debe al hecho de que la revista no tiene como finalidad prioritaria, el ocuparse de la política actual. (*Revista Americana*, número 10, 1892, p. 146).

<sup>66</sup> *Revista Americana*, número 1, 1891, p. 1. Es importante destacar cómo en esta cita puede notarse claramente una de las características de la historia decimonónica, la de biografar a los grandes hombres.

grafía sobre la piedra Chavín. El artículo describe de manera minuciosa el edificio chavín denominado «El Castillo», y la simbología de los grabados presentes en lo que hoy se conoce como «Estela Raimondi». Considera que la Estela pertenece al tiempo de los incas, y aunque cree que la construcción del Castillo ha debido ser anterior, afirma que éste formaba parte de la línea militar del imperio y que su objetivo era conservar la integridad del territorio conquistado<sup>67</sup>.

Se ocupa también de las creencias religiosas de los Incas. Para él, como para algunos cronistas, los hombres del Viejo Mundo llegaron al Nuevo siendo monoteístas, creyendo en el dios verdadero, pero aquí poco a poco se habrían apartado de esta creencia, acercándose al politeísmo. Ese inicial monoteísmo lo ve Polo probado en el hecho de que los antiguos peruanos creían en un único Dios, principio de todo, creador y alma del mundo; llamado en algunas regiones Pachacamac, en otras Huiracocha o también Inti<sup>68</sup>. Luego analiza, citando las crónicas, las diferentes características de aquellos cultos. Polo justifica el detenido espacio que dedica a la religión, en el hecho de que los grabados del monumento estudiado tienen un claro sentido religioso, al punto que el ídolo allí representado —como ya adelantamos— sería el propio dios Sol<sup>69</sup>.

La *Revista Americana* también abordó la etapa colonial. Así, tuvo en sus páginas un trabajo de Rosendo Melo, «Los piratas y el Callao

---

<sup>67</sup> POLO, José Toribio: *La piedra de Chavín*. Lima, Imprenta y Librería San Pedro, 1900, p. 4.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 37. Ciertamente, muchas de las afirmaciones de Polo, a la luz de las actuales investigaciones, no pueden sostenerse. Según Federico Kauffmann Doig, el hecho de que Polo insistiese en encontrar semejanzas entre las culturas del Asia con las americanas, le impidió hacerse preguntas más inmediatas e importantes como las probables relaciones de Chavín con Tiahuanaco, que ya Raimondi había sugerido. Por otra parte, las posteriores interpretaciones que sobre la Estela se han hecho, invalidan el supuesto origen incaico y la simbología que pretendió encontrar Polo. Asimismo, los dibujos que presenta sobre el Lanzón, son muy imperfectos (KAUFFMANN DOIG, Federico: «Los estudios Chavín (1533-1919). En: *Fénix*, 14, 1964, p. 199-200). Sin embargo, no debemos olvidar que esta monografía representó el primer estudio serio que se ha hecho sobre el tema; que fue Polo el que acuñó el nombre de Lanzón Monolítico, para definir ese resto arqueológico, que es el que hasta hoy utilizamos. Más aún, el dibujo que publicó sobre la Estela, fue un diseño bastante cercano a la realidad, según el propio Kauffmann Doig: «la mayoría de los dibujos de la Estela Raimondi, inclusive los publicados en los estudios de Tello, han sido copiados o reproducidos del dibujo de Polo» (KAUFFMANN, 1964, p. 198).

antiguo», en el cual se destaca, acudiendo a las relaciones del momento, la constante presencia de los piratas en el puerto. Melo muestra características propias del coleccionista, puesto que nos presenta antes que un estudio analítico una recopilación, hecha —a confesión de parte— con la sola intención de que sirva como un

«material selecto, cuando plumas fáciles, esgrimidas por espíritus serenos que dispongan de buen arsenal literario, se decidan á alzar el monumento de la Historia patria»<sup>70</sup>.

En general los artículos históricos son de corte erudito, que pretenden ser aportes para la posterior confección de la tan ansiada Historia Nacional. No obstante, los temas de historia universal no estuvieron ausentes, como por ejemplo la investigación del doctor Pablo Patrón. El médico, en esta oportunidad, trata sobre los descubrimientos fenicios, y en su trabajo volvemos a comprobar lo importante que era para estos historiadores la existencia de fuentes documentales escritas:

«Carecemos por desgracia de la irremplazable luz de los libros fenicios (...). En muchos casos es pues imposible discernir lo verdadero de lo falso»<sup>71</sup>.

Por último, la sección «Antiguallas» pretendió dar a conocer «algunos documentos históricos, importantes o curiosos, inéditos hasta hoy»<sup>72</sup>. Así, por ejemplo, podemos encontrar la relación enviada por Diego de Almagro a la Audiencia de Panamá, donde da cuenta de las alteraciones ocurridas luego de la muerte de Francisco Pizarro<sup>73</sup>; cartas de Manuel de Amat, virrey del Perú, sobre la expulsión de los jesuitas<sup>74</sup> o del virrey Joaquín de la Pezuela<sup>75</sup>.

---

<sup>70</sup> MELO, Rosendo: «Los piratas y el Callao antiguo». En: *Revista Americana*, números 4-14, 1891-1892. Pese a la anterior afirmación, debemos destacar que el mismo Melo completó su trabajo y publicó en folleto independiente una «reseña histórico-marítima», titulada precisamente *Los piratas y el Callao*. Años después dio a conocer su famoso estudio *El Callao. Monografía histórico-geográfica*.

<sup>71</sup> PATRÓN, Pablo: «Los descubrimientos fenicios». En: *Revista Americana*, números 2, 3 y 4, 1891, p. 51.

<sup>72</sup> *Revista Americana*, número 2, 1891, p. 17.

<sup>73</sup> *Revista Americana*, número 6, 1891, pp. 89-94.

<sup>74</sup> *Revista Americana*, número 3, 1891, p. 34.

<sup>75</sup> *Revista Americana*, número 2, 1891, p. 17.

## El Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima

Los años posteriores a la Guerra con Chile son especialmente difíciles para el país, que debe enfrentar y superar el impacto de la derrota. Puede observarse la presencia de un renovado interés por estudiar nuestra realidad con la intención de destacar los principales valores de la nacionalidad. Por ello, el gobierno del general Andrés Avelino Cáceres, liderando la llamada Reconstrucción Nacional, apoyó la fundación de importantes entidades académicas como la Academia Peruana de la Lengua (1887) y la Sociedad Geográfica de Lima<sup>76</sup>. Esta última institución, creada por Decreto Supremo del 22 de febrero de 1888, tuvo el fin de fomentar los estudios geográficos y facilitar la explotación de los recursos naturales<sup>77</sup>. La Sociedad tuvo como órgano difusor el *Boletín*, el cual abarcó una amplia variedad de temas. De este modo se publicaron allí estudios sobre antropología, arqueología, ciencias naturales, etnografía, geología, lingüística, hidrografía, meteorología, paleontología, etc. Sólo nos referiremos a los relacionados con nuestro tema.

Los artículos del *Boletín*, y en específico aquellos que nos interesan, tienen la característica de abundar en los detalles, con múltiples notas a pie de página que recogen la consulta bibliográfica o documental. Los de tema histórico se refieren principalmente a la época prehispánica. Un ejemplo podría ser el trabajo de Luis Carranza, referido a la condiciones físicas e intelectuales del indígena, en donde afirmó que en tiempo de los incas, nada revelaría

«la existencia de un pueblo en que el sentimiento estético estuviese más desarrollado: antes bien, los vestidos (...), las combinaciones de los colores manifiestan gusto poco conforme con lo bello»<sup>78</sup>.

Es decir el autor se mueve al interior de una perspectiva occidental, generalizadora y universal que le permite opinar de ese modo. Además expresa otros prejuicios propios de la época, cuando considera que los indígenas no han progresado:

---

<sup>76</sup> Teodoro Hampe en el artículo que citamos líneas atrás, se ocupa del asunto (HAMPE, 1996, pp. 40-41).

<sup>77</sup> PALACIOS, Raúl: *La Sociedad Geográfica de Lima. Fundación y años iniciales*. Lima, Universidad de Lima, 1988, p. 43.

<sup>78</sup> CARRANZA, Luis: «Condiciones físicas e intelectuales del indio. Indole artística». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo II, 1892, p. 29.

«La conquista ha paralizado su inteligencia, la ha dejado inmóvil, y desde entonces ha permanecido casi inmutable»<sup>79</sup>.

Otra vez se hace presente la constante preocupación por el progreso y los diversos grados de civilización alcanzados.

Dentro de la misma óptica, Modesto Basadre emprendió una investigación sobre los indios Uros. Los Uros, según Modesto Basadre, «hasta ahora no han dado un sólo paso en el camino de la civilización, ni han cambiado en el menor modo de ser o de vivir»<sup>80</sup>. Esta convicción lo llevó a sugerir una comparación con China, porque «sabido es lo difícil que es cambiar las costumbres de los pueblos chinos»<sup>81</sup>. Asimismo otorgó una gran importancia, en los estudios de la época prehispánica, a lo que hoy llamaríamos «trabajo de campo»; y no sin ironía, sentenció:

«Persona he conocido (...) que sin haber viajado sino hasta Ancón y Pachacamac, se ha atrevido a publicar un libro sobre los peruanos y sus antigüedades»<sup>82</sup>. Algunos años más tarde, José Toribio Polo reeditó, en este mismo *Boletín*, su trabajo *Los Uros del Perú y Bolivia*, y es pertinente señalar que llegó a conclusiones muy similares a las de su predecesor.

Polo, en exacta coincidencia con Modesto Basadre, también aplicó el trabajo de campo y, en la región del lago Titicaca, recogió de boca de los propios pobladores el vocabulario que consigna, compuesto por más de 300 palabras y varias «frases frecuentes»<sup>83</sup>. También nos describe a los Uros de entonces deteniéndose en su aspecto físico, vestimenta y alimento. Al ocuparse de sus costumbres y de lo que podríamos relacionar con características psicológicas, notamos en sus afirmaciones juicios de valor, tan afines a los historiadores de su momento, que además revelan —nuevamente— prejuicios de época. En general, Polo considera a los Uro flojos y

<sup>79</sup> *Ibidem*, p. 31.

<sup>80</sup> BASADRE, Modesto: «Los Indios Uros». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo IV, 1894, p. 191.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>82</sup> *Boletín de la Sociedad Geográfica*, tomo II, 1892, p. 358.

<sup>83</sup> POLO, José Toribio: *Los Uros del Perú y Bolivia*. Lima, Imprenta y Librería San Pedro, 1901, pp. 22-37.

«con un semblante sin vida, que revela su escasez (*sic*) de sentimiento é ideas: indolentes pasan los días en sus balsas (...) hasta que la lluvia o las tempestades los obligan a guarecerse en sus cuevas ó chozas»<sup>84</sup>.

Finalmente, concluye de sus observaciones de campo, al igual que Basadre, que los Uros se conservan en «estado primitivo»; y que a pesar del dominio de los incas, de la llegada de los conquistadores y de la civilización, «son hoy tan torpes y agrestes como entonces»<sup>85</sup>. Una prueba más, pues, de que estos historiadores están imbuidos de nociones relacionadas con la concepción de un progreso evolutivo lineal, donde lo posterior es siempre más civilizado que lo inmediatamente anterior, en efecto influidos por las teorías spencerianas en boga en esos tiempos.

Algunos otros artículos que ejemplifican las características generales de la época podrían ser dos eruditos trabajos, el uno de la pluma de Pablo Patrón y el otro de Leonardo Villar. El doctor Patrón, en sus «Apuntes históricos sobre la Verruga Americana», hizo un recuento de las diversas noticias acerca de esta enfermedad, para lo que utilizó crónicas y relaciones de viajes; finalmente concluyó que fue la verruga la que le causó la muerte a Huayna Cápac<sup>86</sup>. Leonardo Villar, por su parte, investigó respecto de las características generales de las lenguas americanas y del quechua en particular<sup>87</sup>. Este interés histórico-lingüístico está presente en varios artículos del *Boletín*, en la monografía de Polo sobre los Uros; y se relaciona con los iniciales estudios antropológicos y etnográficos, y con el ya mencionado trabajo de campo.

Es conveniente hacer alusión también a un artículo de Max Uhle, síntesis importante por las intuiciones y afirmaciones ahí presentes. Según Uhle, Chanchán no pertenece al tiempo del Tawantinsuyu; postula que hubo poblaciones pre-existentes, y siguiendo a Polo de Ondegardo, afirma que los incas no tuvieron un desarrollo mayor a los 400 años; a la vez que, muchos logros culturales —como las Huacas de Sol y de la Luna— son sin duda anteriores<sup>88</sup>. En ese sentido debemos destacar que José Toribio

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>86</sup> PATRÓN, Pablo: «Apuntes históricos sobre la verruga americana». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo V, 1896, p. 445.

<sup>87</sup> VILLAR, Leonardo: «Caracteres de las lenguas americanas en general y de la Keshua en particular». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo VI, 1897, pp. 444-460.

<sup>88</sup> UHLE, Max: «La Antigua Civilización Peruana». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo X, 1897, pp. 93-98.

Polo en su investigación sobre los Uros, ya nos hablaba de poblaciones anteriores a los Incas<sup>89</sup>. Asimismo, Manuel González de la Rosa, como sugiere Riviale, tiene el indiscutible mérito de haber considerado que la presencia de una serie de monumentos probaría la existencia de culturas anteriores al Tawantinsuyu. Así lo expresó:

«otros monumentos no menos irrecusables, por su estilo y antigüedad, no dejan duda de que en otros puntos del Perú como Vilcas, Huaitará, Huánuco, Lima, Chincha, Trujillo, Chachapoyas, etc., hubo centros de civilización anteriores, y con tradiciones más o menos diversas de las de los incas»<sup>90</sup>.

Finalmente, debemos mencionar el artículo de Polo «Sinopsis de volcanes y temblores del Perú». El trabajo se encuentra dividido en dos partes. La primera es un catálogo de los diversos temblores y terremotos acontecidos en el Perú desde 1513 hasta 1878, es decir una fecha muy reciente a la publicación. En la segunda parte, nos ofrece una lista de los que considera principales volcanes del Perú. Al final de la obra consigna una serie de documentos, algunos inéditos, que describen el impacto que estos fenómenos tuvieron. Polo considera que este acopio de datos adquiere especial importancia:

«hay que entresacarlos después para la historia física nacional; lo mismo que las lluvias copiosas, inundaciones, temblores, epidemias»<sup>91</sup>.

Esto último es particularmente interesante porque nos permite notar que la intención va más allá de la acumulación erudita, al considerar que estos fenómenos naturales, en sus estragos y consecuencias, deben formar parte de la gran Historia Nacional. Si bien es cierto que Odriozola se le había adelantado en publicar las relaciones de los terremotos más importantes de la época colonial<sup>92</sup>, Polo es el primero en formar un catálogo

<sup>89</sup> DAGER, 1999, pp. 11-15.

<sup>90</sup> GONZÁLEZ DE LA ROSA en RIVIALE, 1997, p. 283.

<sup>91</sup> POLO, José Toribio: «Sinopsis de temblores y volcanes del Perú». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo VIII, 1898, p. 322.

<sup>92</sup> Nos estamos refiriendo a ODRIOZOLA, Manuel: *Terremotos. Colección de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y que la han arruinado*. Lima, 1863.

comentado, el cual supera los 2.500 temblores<sup>93</sup>. Estos son presentados en su mayoría de manera más bien breve, en muchos casos sólo menciona la hora y lugar en que acontecieron; sin embargo, si causaron daños considerables, se detiene en señalarlos e incluso en anotar sucintamente las réplicas, y las reacciones de una población asustada y desconcertada, en busca de respuestas ante tales desastres. Ciertamente los terremotos de 1687 y 1746 merecen un lugar especial.

## La Revista Histórica

En 1905, por decreto del 18 de febrero, bajo el gobierno de José Pardo y Barreda, se fundó el Instituto Histórico del Perú, por considerar conveniente para los intereses nacionales la promoción de la historia patria. En aquella ocasión, el ejecutivo designó a los cuarenta miembros fundadores, muchos de los principales historiadores del momento. El 11 de junio de ese año, se realizó la primera Junta General y se eligió el Directorio que estuvo presidido por Eugenio Larrabure y Unanue, y cuyo Secretario fue José Toribio Polo. Al año siguiente, apareció la *Revista Histórica*, órgano de difusión del Instituto, dirigida por Carlos A. Romero. En las páginas de la revista, en estos años iniciales, nos encontramos nuevamente con dos generaciones de investigadores, pues allí publican Polo o González de la Rosa, al igual que nuevos historiadores como José de la Riva-Agüero o Víctor Andrés Belaunde.

En esta publicación abundan los trabajos sobre historia colonial<sup>94</sup>. Carlos A. Romero, por ejemplo, firma dos artículos eruditos, el primero dedicado a demostrar cómo la esposa del Conde de Lemos gobernó el Virreinato en ausencia de éste, al tiempo que aprovecha para realizar la

---

<sup>93</sup> Luego de este inicial trabajo, en el mismo *Boletín*, se publicarán artículos referidos al tema sísmico, pero con una preocupación por la actualidad y con una óptica dirigida a los avances técnicos. Así por ejemplo, H. Hope Jones publicó un artículo en el que trataba de los adelantos de la sismología aplicables al Perú; y Ricardo García Rosell se ocupó de la ciencia de los temblores (PALACIOS, 1988, p. 70).

<sup>94</sup> José Toribio Polo publicó con frecuencia en la *Revista Histórica*, en especial biografías de personajes de la etapa colonial. Especialmente importantes son las biografías de Francisco de Ávila, del Inca Garcilaso de la Vega y de Blas Valera. En todas puede percibirse la intención de biografíar a los que se consideraba grandes hombres del momento para así reflejar la Historia de la época. Un estudio de estos artículos puede encontrarse en DAGER, 1999, pp. 16-21.



biografía de la Virreina<sup>95</sup>. En el otro artículo le interesa reseñar diversos disturbios religiosos ocurridos en Lima durante el siglo XVII<sup>96</sup>.

Por su parte, Pablo Patrón incursiona también en la época colonial con un interesante trabajo donde intenta mostrar que las obras de Montesinos son sumamente útiles para la Historia, y afirma que la mayoría de sus datos son ciertos, como la existencia de la escritura<sup>97</sup>. Pese a su confianza, hacia el final del artículo, el doctor Patrón nos advierte que las crónicas no son siempre absolutamente verosímiles. Sobre Montesinos nos dice:

«Vacíos y errores los tiene, sin duda, pero en esto no se diferencia de los demás historiadores y cronistas de Indias, que cual más cual menos, todos se encuentran en el mismo caso»<sup>98</sup>.

La historia del Antiguo Perú también estuvo presente en la *Revista Histórica*, aunque en estos primeros años con menor incidencia. El artículo de José Barraca, que trata sobre la raíz Kam y sus derivados en el quechua, nos aproxima otra vez al interés etno-lingüístico<sup>99</sup>. Por su parte, Horacio Urteaga se detiene a analizar el valor etimológico del nombre «Atahuallpa»<sup>100</sup>; y en otro artículo titulado «El antiguo Perú, a la luz de la arqueología y de la crítica», ofrece una visión sintética que contrasta y compara afirmaciones de los cronistas, teniendo en cuenta los diversos adelantos sobre el tema, además menciona logros culturales de algunas civilizaciones preincaicas como Tiahuanaco<sup>101</sup>.

---

<sup>95</sup> ROMERO, Carlos: «La Virreina Gobernadora». En: *Revista Histórica*, tomo I, 1906, pp. 39-59.

<sup>96</sup> ROMERO, Carlos: «Disturbios religiosos en el siglo XVII». En: *Revista Histórica*, tomo I, 1906, pp. 271-287.

<sup>97</sup> PATRÓN, Pablo: «La veracidad de Montesinos». En: *Revista Histórica*, tomo I, 1906, pp. 289-303.

<sup>98</sup> *Ibidem*, p. 303, las cursivas son nuestras. Vale la pena insistir en que la duda sobre la absoluta verosimilitud de los cronistas también esta presente en José Toribio Polo, por ejemplo en *La Piedra de Chavin* o en la Crítica que realizó al *Diccionario* de Manuel de Mendiburu (DAGER, 1999, pp. 11-13 y 27-32).

<sup>99</sup> BARRACA, José: «La Raíz Kam y sus derivados en el Kichua». En: *Revista Histórica*, tomo I, 1906, pp. 60-64.

<sup>100</sup> URTEAGA, Horacio: «¿Atahuallpa?». En: *Revista Histórica*, tomo III, 1908, pp. 247-253.

<sup>101</sup> URTEAGA, Horacio: «El antiguo Perú a la luz de la arqueología y la crítica». En: *Revista Histórica*, tomo IV, 1909, pp. 200-223.

De otro lado, la *Revista Histórica* fue una tribuna para diversas polémicas, como por ejemplo la sostenida por Enrique de Guimaraes y Max Uhle acerca del significado de los quipus. El primero de los mencionados sostenía que los quipus antiguos y modernos eran completamente distintos, dado que los primeros aunque indescifrables representaron una forma de escritura, mientras que los segundos son sólo contables<sup>102</sup>. Max Uhle, en cambio, más enterado y científico, consideraba que ambos tenían funciones contables y concluye expresando que los quipus modernos «son descendientes directos y pocos diferenciados de los quipus de contaduría que formaban la mayor parte de los quipus antiguos»<sup>103</sup>. La polémica más completa y famosa que en aquellos años acogió esta revista fue la que sostuvieron Manuel González de la Rosa y José de la Riva-Agüero, respecto del supuesto plagio que habría hecho Garcilaso de los escritos del padre Blas Valera, sobre la que volveremos inmediatamente.

## LAS POLÉMICAS

La polémica fue otra de las características del cómo abordaron la investigación histórica los historiadores del siglo XIX. Una de ellas fue la sostenida entre José Toribio Polo y Manuel Cateriano, a propósito de los «Apuntes sobre la historia eclesiástica» que publicó el primero. Polémica que, tanto en los comentarios de Cateriano como en las respuestas de Polo, nos hace ver la gran erudición presente, la importancia —en el estilo positivista— que estos dos investigadores otorgaban a la exactitud de fechas y datos históricos, y, en consecuencia, la necesidad de corregírselos mutuamente<sup>104</sup>. Quizás la crítica más difundida, durante el siglo anterior, fue la que Francisco Javier Mariátegui le hiciera a la *Historia del Perú Independiente* de Mariano Felipe Paz-Soldán. Debemos reconocer que en varios aspectos cuando critica a Paz-Soldán, Mariátegui no es muy académico, puesto que sus observaciones «estaban claramente basadas en sus

<sup>102</sup> GUIMARAES, Enrique de: «Algo sobre los quipus». En: *Revista Histórica*, tomo II, 1907, pp. 59-61.

<sup>103</sup> UHLE, Max: «Algunas observaciones sobre el artículo precedente». En: *Revista Histórica*, tomo II, 1907, p. 64.

<sup>104</sup> Véase CATERIANO, Manuel: «Rectificación Histórica». En: M. ODRIOZOLA. *Documentos Literarios*, tomo XI, 1877, pp. 358-365. POLO, José Toribio: «Apuntes sobre la Historia eclesiástica de Arequipa». En: M. ODRIOZOLA: *Documentos Literarios*, tomo XI, 1877, pp. 315-357.

recuerdos personales y en su propia experiencia»<sup>105</sup>, además de ser apasionadas y anecdóticas<sup>106</sup>.

Los comentarios críticos se hicieron muy comunes en la centuria pasada, y, usualmente, el lenguaje utilizado en la mayoría de éstos nos vislumbra a contendores apasionados y vehementes, a pesar de que se trataban temas académicos; lo que nos vuelve a llamar la atención sobre la falta justamente de este tipo de formación. A modo de ejemplo, podríamos mencionar la crítica que hizo Ricardo Palma al Compendio del padre Cappa S. J., obra en la que sin duda se esgrimían conceptos muy poco favorables para el Perú. Palma calificó la obra de Cappa como un «librejo», y se lanzó contra los jesuitas, al afirmar:

«si los jesuitas son tan útiles y tan buenos ¿por qué se les expulsa de todas partes?»<sup>107</sup>.

Por su parte, González de la Rosa, nada menos que en la seria *Revista Histórica*, criticó la obra sobre los jesuitas de Torres Saldamando, y en su apreciación hizo gala de su espíritu por momentos iconoclasta:

«Mucho conocí al autor y mucho contribuí a la preparación e impresión de su obra, y aún de sus obras puedo decir, pues también le dí en mi edición de “La Historia de Lima” de Cobo, cuyas pruebas corrigió, la clave para descifrar los libros del Cabildo. Esto no obstante, y a pesar de sus pomposas promesas hasta la víspera de mi viaje, no merecí, ni recibí el obsequio de un ejemplar de su libro, que no existiendo en la Biblioteca Nacional, he conseguido comprar a un precio elevado»<sup>108</sup>.

El presbítero continúa con lo que entendía como crítica letrada:

«Era Torres hombre de poca cultura, pero de gran facundia y de tan prodigiosa memoria como la de Meléndez Pelayo, improvisándose historiador de la noche a la mañana en la Revista Peruana»<sup>109</sup>.

<sup>105</sup> PEASE, 1993, p. 98.

<sup>106</sup> RIVA-AGÜERO, 1965, p. 438.

<sup>107</sup> PALMA, 1951, pp. 365 y 384. Conviene destacar que Polo, en una de sus fichas inéditas, afirmó que la obra de Cappa estaba llena de «disparates y mentiras» (DAGER, 1996, p. 137).

<sup>108</sup> GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel: «El Padre Valera, primer historiador peruano». En: *Revista Histórica*, tomo II, 1907, p. 181.

<sup>109</sup> *Loc. cit.*

Manuel González de la Rosa y José de la Riva-Agüero discutieron acerca de la originalidad de los escritos del Inca Garcilaso de la Vega, también en la *Revista Histórica*. González de la Rosa, luego de una erudita aunque no siempre bien documentada argumentación, sostenía:

«Por mucha que sea la simpatía que nos inspira nuestro compatriota Garcilaso, el amor a la verdad histórica nos obliga a confesar que esto de los papeles rotos es una leyenda inventada por el astuto inca, cuya historia puede llamarse mas bien obra del P. Valera que suya (...) El que Garcilaso sea un perfecto plagiario no le da a su obra carácter novelesco, pues el que copia historia no puede dejar sino historia»<sup>110</sup>.

Don Manuel completaba su planteamiento con varias tesis de las que destacaremos dos. En primer lugar, indicaba que Garcilaso no tendría ascendencia inca, puesto que el Consejo de Indias rechazó su petición como pretendiente. Además, González pensaba que era improbable que Garcilaso pudiese escribir de su propia inspiración una historia tan completa, fuera del país y basada sólo en recuerdos personales y de la infancia<sup>111</sup>.

Riva-Agüero replica los diversos puntos sostenidos por su contendor. El futuro alcalde de Lima afirma que no hay nada más alejado de la verdad que el supuesto plagio porque el mismo Garcilaso cita a Valera, confiesa utilizarlo. En esa medida, se pregunta Riva-Agüero:

«¿Para qué, si era de mala fé, indicar con claridad y franqueza desde donde y hasta dónde se sirve del manuscrito que posee? ¿Por qué esa extraña mezcla de honradez y perfidia, de lealtad y plagio?»<sup>112</sup>.

Luego, agrega:

---

<sup>110</sup> GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel: «Réplica al señor Riva-Agüero». En: *Revista Histórica*, tomo III, 1908, pp. 197-198.

<sup>111</sup> GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel: «Las obras del Padre Valera y Garcilaso. Réplica inevitable y única a la tesis sostenida ante la facultad de Letras, para optar el grado de doctor por José de la Riva-Agüero». En: *Revista Histórica*, tomo IV, 1910, pp. 301-308.

<sup>112</sup> RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la: «Garcilaso y el Padre Blas Valera». En: *Revista Histórica*, tomo III, 1908, p. 48.

«No puede decirse en ningún caso que lo *plagió*: lo copió, sí, lo utilizó, declarándolo siempre que lo hacía; se sirvió de él como se sirvió de la *Crónica del Perú* de Cieza, y de las historias de Acosta, el Palentino y Gómara. El que *cita* no *plagia*<sup>113</sup>.

Además, según Riva-Agüero, Garcilaso no se limitó a sus recuerdos personales, sino que escribió consultando a sus familiares y amigos<sup>114</sup> y su petición no fue aceptada en el Consejo por ser hijo de un conquistador «rebelde», ello no probaría —en ningún caso— la ausencia de sangre real<sup>115</sup>.

Hasta aquí la polémica, que aunque tiene muchas más aristas y es muy rica en contenidos, es también bastante conocida. Ella nos sirve para llamar la atención de cómo se enfrentan —otra vez— dos formas distintas, generacionalmente incluso, de entender la disciplina histórica. Ambos historiadores serios y competentes en su trabajo: González de la Rosa más acostumbrado a descubrir y publicar documentos y con un gran manejo de archivos, Riva-Agüero académico y erudito también, perteneciente a una generación con una más clara influencia del positivismo, pero con una mayor preocupación en el análisis histórico<sup>116</sup>.

### La crítica de José Toribio Polo al Diccionario del general Mendiburu

José Toribio Polo criticó en el periódico *El Comercio*, los diversos tomos del *Diccionario Histórico-biográfico* del general Mendiburu, al tiempo que éstos iban siendo publicados. La crítica de Polo es a la vez erudita y de concepto. Nuestro autor es casi 40 años menor que el General, y ciertamente pertenece a una generación distinta. Estamos, pues, nuevamente ante un enfrentamiento entre dos maneras de hacer historia.

Polo empieza sus comentarios señalando que el mérito principal del *Diccionario* se encuentra en representar lo más cercano a la Historia Nacional, por lo que pasará a la posteridad con aplauso, y además «suministrará preciosos materiales al que escriba más tarde la historia completa

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>114</sup> RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la: «Polémica Histórica. El Sr. González de la Rosa y las obras de Valera y Garcilaso». En: *Revista Histórica*, tomo IV, 1911, p. 330.

<sup>115</sup> *Ibidem*, pp. 312-314.

<sup>116</sup> Véase PEASE, 1993, p. 104.

del Perú»<sup>117</sup>. Cree que las mejores biografías son las dedicadas a los primeros prelados, gobernantes y virreyes, siendo muy pobres las referidas a los escritores<sup>118</sup>. Por otra parte, le sugiere colocar cuadros temáticos, cronológicos, o separar a los personajes en grupos, para que la relación entre ellos no sea sólo la del abecedario. Finalmente critica también las fuentes que cita Mendiburu, las cuales pudo duplicar en número<sup>119</sup>.

A este artículo respondió Mendiburu, y ésa será la única respuesta del General a las críticas de Polo. En su respuesta podemos notar a un Mendiburu elegante, pero visiblemente contrariado. Respecto de los cuadros temáticos, el autor del *Diccionario* no juzga válida la crítica, y en ello es concluyente y convincente, cuando le recuerda a Polo «que al fin de cada tomo hay un índice de materias, que designa en orden alfabético todos los asuntos en él contenidos»<sup>120</sup>. En cuanto al porqué es sucinto con los escritores, explica que su actitud no se debe a un silencio predeterminado, sino a la ausencia de materiales<sup>121</sup>. Hacia el final de su respuesta, Mendiburu nos confiesa la razón de su incomodidad

«Si he sido prolijo en mi respuesta á sus atingencias, es para que los que leen sin antecedentes, no las crean tan sustanciales, que hagan menguar ante ellos, la moderada reputación que es natural desee yo disfrute mi largo y espinoso trabajo»<sup>122</sup>.

Sin embargo, en los siguientes artículos de Polo, sí hay críticas sustanciales referidas a las fuentes documentales y bibliográficas de Mendiburu, que nos hacen ver a Polo como un historiador generacional y metodológicamente más moderno. A propósito de los «documentos» que el General solía consignar al final de cada uno de los tomos del *Diccionario*, Polo afirma:

---

<sup>117</sup> POLO, José Toribio: *Historia Nacional. Crítica del «Diccionario histórico-biográfico del Perú» del señor general Mendiburu*. Lima, Imprenta de El Comercio, 1891, p. 7.

<sup>118</sup> *Ibidem*, pp. 11-12.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 79. Es bueno señalar que José Toribio Polo reunió todos sus artículos críticos a la obra de Mendiburu publicados en el periódico *El Comercio* y en 1891 los reeditó en folleto independiente. Allí incluyó la respuesta que en su momento le dirigió y publicó el general Mendiburu. Es de esta edición de Polo que estamos tomando las referencias.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 82.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 83.

«Aunque el valor propio de la palabra documento es el de escritura ó instrumento con que se conforma o prueba alguna cosa, el señor de Mendiburu aplica ese nombre a trabajos formados por él o por otros (...) aunque no sirvan de comprobantes o pruebas de sus dichos»<sup>123</sup>.

Más aún, Polo le critica que, cuando cita verdaderos documentos, éstos son en muchos casos ya conocidos, con lo cual nuestro autor demuestra una exigencia propia de su erudición y de la importancia que se le otorgaba en la época a los hallazgos documentales. Asimismo, afirma que Mendiburu no utiliza notas a pie de página, y algunas de sus citas son libres, lo que le parece a Polo una falta de seriedad en el trabajo histórico, ya que:

«Los trabajos bibliográficos modernos son tan prolijos, que se fijan con esmero las diversas ediciones de una obra, las variantes del texto; indicando el depósito de los códices, sus marcas y señales (...), *porque se ha comprendido, al fin, la importancia de las citas fieles y escrupulosas; y porque en esto reposa la autoridad del historiador y del crítico*, que adquieren por tal medio títulos duraderos é irrecusables para ser creídos»<sup>124</sup>.

Es decir, Polo, como los historiadores de su generación, demuestra ser un historiador en transición a una historia más científica y por ello con mayor precisión bibliográfica y documental

Otra de las críticas fundamentales de Polo es la forma en la que Mendiburu aborda el Perú incaico, para lo cual —según nuestro personaje— sigue básicamente a Garcilaso. Además, en algún momento el general llegó a afirmar:

«Se han referido algunas fábulas en cuanto a la creación de esta Monarquía, dándola hasta seiscientos años de antigüedad; mas son inútiles las investigaciones desde que una densa oscuridad impide ver objetos extraños a la tradición o que no están en armonía con ella»<sup>125</sup>.

---

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 38. En efecto, dentro del apéndice Documentos, en algunos casos, Mendiburu colocaba cuadros o trabajos formados y redactados por él, como aquél en el que biografía a los Incas (MENDIBURU, Manuel de: *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*. Lima, Imprenta de Francisco Solís, tomo V, 1874-1891, pp. 421-425).

<sup>124</sup> POLO, 1891, p. 15. Las cursivas son nuestras.

<sup>125</sup> MENDIBURU, 1874-1891, tomo V, p. 421.

Polo, quien pertenece a una nueva generación más preocupada por el pasado prehispánico, inclinada a estudios etnográficos, inquieta por conocer los nuevos adelantos al respecto, le dice a Mendiburu, con bastante sorna:

«La ciencia moderna que descifra los geroglíficos (*sic*) y los caracteres rúnicos y cuneiformes, que lee los papiros, que exhuma las ciudades, que arranca al Asia sus secretos: ¿se contentará con oír que son inútiles las investigaciones sobre los incas?»<sup>126</sup>.

Respecto a la historia colonial las críticas adquieren en su mayoría un carácter erudito, que recuerda características positivistas. Polo corrige fechas o datos de la vida de los personajes que estudió Mendiburu, e incluso al final de cada artículo consigna una lista de nombres de individuos que debieron aparecer en el *Diccionario*. En esto, Polo es sumamente exigente. Tanto Porras como Riva-Agüero, historiadores de cuya erudición no podemos dudar, coinciden en señalar que muchos de los personajes sugeridos por Polo no alcanzaron demasiado renombre<sup>127</sup>. A pesar de ello, nuestro autor había buscado y conseguido datos de un importante porcentaje de los individuos que cita: en el proyecto del Diccionario biográfico de Polo, que se conserva en el Archivo Histórico del Instituto Riva-Agüero, pueden encontrarse referencias sobre 532 personajes, de los 786 que agrega a Mendiburu. Sin embargo, también es cierto, que carecemos de pruebas que indiquen que Polo tuvo datos cercanos de los otros 254 personajes<sup>128</sup>.

Otra de las críticas referidas a la historia colonial, es la cantidad de páginas que dedicó Mendiburu al estudio de los reyes de España<sup>129</sup>. Las biografías de los reyes que realizó Mendiburu en nada adelantarían —según Polo— el conocimiento de nuestra historia y tampoco de la de

<sup>126</sup> POLO, 1891, p. 29.

<sup>127</sup> José de la Riva-Agüero sostuvo que en esa lista «no figuran nombres de fama, y los más son de oscuros frailes» (RIVA-AGÜERO, 1965, p. 375). Vargas Ugarte, en cambio, al ocuparse del *Diccionario* de Mendiburu, sentencia: «No son frailes oscuros, como insinúa Riva-Agüero, los que se han omitido (...) y aparecen en la lista, bien deficiente, extendida por POLO» (VARGAS UGARTE, 1959, p. 125). En todo caso, debemos afirmar que la lista de Polo, en efecto, denota exigencias muy eruditas.

<sup>128</sup> DAGER, 1996, pp. 92-95.

<sup>129</sup> El tomo III del *Diccionario* del general Mendiburu tiene un total de 359 páginas, de las cuales 200 están dedicadas a biografiar a los reyes de España.



España<sup>130</sup>. Si bien el General no le vuelve a contestar a Polo, en el tomo III de su *Diccionario* de hecho se refiere a él:

«Cuando la crítica no es sincera, suele recaer sobre lo que más merece aprobarse; y así no ha faltado quien tache de difuso lo que hemos escrito sobre algunos reyes. Los de España fueron Emperadores del Perú, y todos sus hechos pertenecen a nuestra historia»<sup>131</sup>.

Es necesario aquilatar, ahora, el verdadero significado de la crítica de José Toribio Polo. Lo primero que debemos decir es que cuando Polo reunió todos estos artículos y los publicó en el folleto independiente titulado *Historia Nacional*, tuvo la honradez intelectual de incluir la respuesta de Mendiburu. Por otra parte, Gabriel Moreno, en 1894, en su *Biblioteca Peruana*, resumió muy bien el peso de la obra de nuestro personaje cuando afirmó que «Polo formula observaciones sustanciales las más y nimias algunas». Aunque, también sentenció una verdad universal «lo cierto es que conforme al dicho vulgarismo es más fácil criticar que componer»<sup>132</sup>. A nuestro entender, lo más interesante de la obra de Polo, es que indudablemente la misma expresa diferencias académicas poco conciliables entre dos formas distintas de entender la historia como disciplina. Quizá le faltó a Polo reconocer más explícitamente el real valor del trabajo de Mendiburu, pero debemos reiterar que sí acertó en las críticas fundamentales. Los comentarios respecto de las fuentes documentales y bibliográficas, así como la ácida oposición referida a la manera en la que estudió Mendiburu la época incaica, conservan incluso hoy su validez.

## LA HISTORIA COMO DISCIPLINA EN EL PENSAMIENTO DE POLO

Hasta ahora nos hemos detenido en el contexto historiográfico en el cual Polo publicó sus obras. En lo que sigue intentaremos rastrear cuál fue la concepción que manejó sobre la historia como disciplina. Él, como sus

<sup>130</sup> POLO, 1891, p. 16.

<sup>131</sup> MENDIBURU, 1874-1891, tomo III, p. 171.

<sup>132</sup> Los conceptos de Gabriel Moreno sobre la obra de Polo, fueron incluidos por José Toribio en un artículo que nuestro autor publicó en el periódico *La Prensa* comentando la tesis doctoral de José de la Riva-Agüero (POLO, José Toribio: «Tesis doctoral». En: *La Prensa*. Lima, 20 de diciembre de 1910).

contemporáneos, no dedicó páginas al estudio teórico; pero de sus propias obras, en especial de sus críticas bibliográficas, intentaremos aproximarnos a su visión.

En 1870, en el periódico *El Nacional*, José Toribio Polo publicó un artículo reseñando algunos libros recientemente aparecidos<sup>133</sup>. Allí están presentes conceptos que son útiles a nuestros efectos. Así, por ejemplo, nos dice que en la historia «sin los juicios los hechos no conducen a nada o no se explican y la enseñanza, fin de la historia, no se consigue»<sup>134</sup>, frase en la que puede percibirse claramente la influencia de la escuela romántica europea, afecta a la historia moralizadora. Mariano Felipe Paz-Soldán, por ejemplo, pensaba que «el historiador es el severo juez de lo pasado y el maestro o consejero del porvenir»<sup>135</sup>. Manuel de Mendiburu, en el prólogo a su *Diccionario Histórico-Biográfico*, citó a Cicerón porque coincidía plenamente con él: «la historia es el testigo de los tiempos, la luz de la verdad, la vida de la memoria, la maestra de la vida y la mensajera de la antigüedad»<sup>136</sup>. Por otro lado, como hemos visto, la misma noción está presente en el prospecto del número inicial de la *Revista Peruana*. De manera que, en esta opinión sobre la historia como disciplina y la figura del historiador, Polo revela una visión característica de su época.

Ahora bien, en el mismo artículo, casi inmediatamente después, Polo nos ofrece un consejo de probidad: «El historiador, como juez, debe ser circunspecto y desapasionado y nunca fallar sin pleno conocimiento de causa»<sup>137</sup>. Es decir, Polo considera al historiador como un ente activo a la hora de conformar la historia, son los «juicios» de éste los que harían viable a la disciplina. Sin embargo, el historiador para poder efectuarlos precisa tener conocimiento de causa que, en el pensamiento de Polo y en el de sus contemporáneos, significa revisar un considerable aparato documental. En estos juicios el historiador debe ser moderado y objetivo, a la usanza positivista; su subjetividad, su pasión no debe influirlo. Sólo si el historiador se comporta de esta manera se podrá alcanzar el objetivo de la

---

<sup>133</sup> Los libros de los que se ocupa son: *Historia política del Perú* de Agustín de La Rosa-Toro, *Historia del Perú Independiente* de Mariano Felipe Paz-Soldán y el *Compendio de Historia del Perú* de Sebastián Lorente.

<sup>134</sup> POLO, 1870.

<sup>135</sup> PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe: *Historia del Perú Independiente*. Lima, tomo I, 1868, p. i.

<sup>136</sup> CICERÓN en MENDIBURU, Manuel: «Prólogo» al *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*. Lima, 1931-1934, p. 7.

<sup>137</sup> POLO, 1870.

historia que es la enseñanza. Otra vez nos encontramos que el historiador es un juez cuya disciplina es entendida como la «maestra» que ha de guiarnos. Polo afirma que el historiador debe ser cauto en sus juicios, pero los mismos no dejan de estar presentes, por lo que notamos diferencias con el positivismo europeo, según el cual «el historiador no debía pronunciar juicios sobre los hechos: sólo tenía que decir lo que eran»<sup>138</sup>.

Años más tarde, Polo no sólo se referirá a juicios, sino que además se atreverá a destacar la importancia de la interpretación en la historia, sobre todo cuando se estudia la época de los Incas. Él critica la visión de Mendiburu, y le dice:

«en la actualidad no se admite la leyenda, sino *se interpreta*: se exploran las huacas y ruinas, se estudian las lenguas ó sus fragmentos, y *se reconstruye la historia*»<sup>139</sup>.

Entonces, en Polo, al historiar el tiempo prehispánico, podemos encontrar un inicial interés etnográfico. Así, entendemos mejor el porqué en sus escritos referidos a esta época histórica, vemos muy presente la necesidad de recurrir a fuentes más allá de las crónicas, de cuestionar la validez absoluta de algunas de ellas, de realizar trabajos de campo, de —en suma— «reconstruir la historia». La interpretación aquí, para él, juega un papel importantísimo, tanto que a veces especula demasiado. Si bien en este tipo de investigación está influido por el evolucionismo spenceriano, lo que en el Perú lo haría positivista; curiosamente es allí donde más especula, y por consiguiente, donde menos lo parece.

Sin embargo este interés interpretativo tiende a esfumarse en sus escritos dedicados a la etapa colonial, allí se comporta, tal como aconsejaba en una de las citas de líneas arriba, de modo circunspecto, aunque emita juicios de valor o enaltezca a diversos personajes en el intento de realizar la historia de los grandes hombres. Su preocupación, en el estudio de la historia colonial, está muy centrada en la revisión y edición de fuentes documentales: memorias de virreyes, juicios de residencia, expedientes sobre méritos y servicios de los conquistadores, las relaciones geográficas del país, etc., «sin eso la historia y la geografía se improvisan»<sup>140</sup>.

<sup>138</sup> COLLINGWOOD, 1990, p. 133.

<sup>139</sup> POLO, 1891, p. 29. Las cursivas son nuestras.

<sup>140</sup> POLO, José Toribio: *Memoria de los virreyes del Perú, marqués de Mancera y conde de Salvatierra*. Lima, Imprenta del Estado, 1899, p. iv.

A medida que se descubran aquellos documentos —cree Polo— desaparecerán los seguidores de la escuela filosófica «que quieren escribir historia sin estudio, ni preparación, y que encuentran más cómodo inventar ó repetir que investigar»<sup>141</sup>. Es en este sentido que Polo criticó a Sebastián Lorente, quien en más de una ocasión se mostró favorable a aquella tendencia. La crítica de Polo es en realidad áspera y lo acusó de llenar con su imaginación la falta de pormenores. Por lo cual, si algún lector gusta de la historia novelada, encontrará en la obra de Lorente «trozos galanes y pinturas de manos maestras»<sup>142</sup>. George Vásquez ha conseguido mostrar que tanto el historiador argentino Bartolomé Mitre como el chileno Diego Barros Arana, quienes publicaron contemporáneamente a Lorente y Polo, se opusieron «vigorosamente» a la llamada historia filosófica, utilizando conceptos muy parecidos a los de Polo<sup>143</sup>.

De otro lado, para Polo, como para los historiadores de su época, la existencia de una Historia Nacional es de una gran necesidad. Cabe señalar que según François-Xavier Guerra,

«en el caso de los nuevos países hispanoamericanos, la elaboración de una «historia patria» era una condición de su misma existencia. De ahí el extraordinario florecimiento de las «historias nacionales» durante todo el siglo XIX y una buena parte del siglo XX. Ellas fueron los medios más importantes para crear la nación moderna»<sup>144</sup>.

Es por ello que Polo reconoce que la obra de Mendiburu, pese a todos los defectos que él ha señalado, representa el primer paso —muy superior al de Lorente— para que más tarde se escriba la historia completa del Perú<sup>145</sup>. Ahora bien, esa historia no podría limitarse a analizar la parte

<sup>141</sup> *Ibidem*, p. v.

<sup>142</sup> POLO, 1870. Después de más de veinte años cambia un tanto de posición y afirma que a pesar de sus defectos, la obra de Lorente revela un elevado espíritu de síntesis y que su importancia radica en que es el «primer ensayo de una historia general del país» (POLO, 1891, p. 7).

<sup>143</sup> VÁSQUEZ, 1996, p. 148. Resulta particularmente significativa la carta que Barros Arana le envía a Mitre, citada por Gandía, y reproducida por Vásquez: «Siempre he creído que lo que se llama historia filosófica es el asilo de los que no quieren estudiar historia, de los que quieren hacer de esta ciencia un conjunto de generalidades y declamaciones vagas e inútiles» (*Ibidem*, p. 149).

<sup>144</sup> GUERRA, 1989, p. 595.

<sup>145</sup> POLO, 1891, p. 7.

colonial, lo que él pretende es que «arranque desde la época primitiva y continúe hasta la actualidad»<sup>146</sup>. Y, además, esa historia no debe repetir los errores de Lorente y Mendiburu, por lo tanto debe aspirar a ser más que una historia administrativa o política, debe ocuparse de lo eclesiástico, lo literario, lo geográfico, de las costumbres, etc.<sup>147</sup>.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Recapitulando las principales características historiográficas en la segunda mitad del siglo XIX, debemos afirmar que en los inicios de la centuria anterior se otorgó preferencia a la investigación referida a la etapa de la Independencia y a los primeros años de la República. Allí la objetividad no siempre fue muy notoria. Se trata de un momento fundacional de nuestra historiografía, liderado por Mariano Felipe Paz-Soldán, donde se pretendió construir la nación y diferenciándola de la anterior metrópoli, se calificó la llegada de los españoles como una invasión sangrienta que destruyó casi todo lo que encontró a su paso. Poco tiempo después, con Mendiburu a la cabeza, se revalorizó el pasado colonial, aunque persistiera la huella de considerar muy negativamente la llegada de Pizarro, característica que se nota perfectamente en José Toribio Polo.

Con la *Revista Peruana* empezaron los artículos serios y documentados sobre el Tawantinsuyu. Hacia el final de la centuria, tiempo en el que Polo publicó *La Piedra de Chavín* en la *Revista Americana*, puede notarse una evidente adopción del esquema spenceriano en los estudios de la época prehispánica. En esos trabajos hubo intereses etnográficos y etnolingüísticos, se utilizó la investigación sobre el territorio como introducción al estudio de la civilización, lo que se advierte nítidamente en el *Boletín de la Sociedad Geográfica*. En general, en este tipo de estudios se intentó explorar los diversos grados de «progreso» alcanzados, lo cual llevó a estos historiadores a sostener afirmaciones que nos revelan prejuicios propios de la época y que son resultado de una visión del mundo occidentalizadora, universal y que entendía el progreso lineal como un

---

<sup>146</sup> POLO, 1870.

<sup>147</sup> POLO, 1870; POLO, 1891, p. 11. En esta noción, encontramos otra sintomática coincidencia con Diego Barros Arana. Decía el ilustre historiador: «La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros (...) sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas...» (en VÁSQUEZ, 1996, p. 139).

suceso que debía proseguir necesaria e indefinidamente. Las polémicas y críticas históricas fueron también muy comunes en el siglo XIX. En ocasiones los contendores utilizaron un lenguaje que se alejaba de lo académico; lo que nos muestra, una vez más, la carencia de este tipo de formación en nuestros primeros historiadores.

La impronta del positivismo en el Perú podemos observarla en el uso del evolucionismo de Spencer, particularmente en las investigaciones sobre la época prehispánica. Asimismo, notamos características cercanas a la corriente positivista en el manejo de las fuentes y en la enorme importancia que se le concedió a los documentos, en especial en los artículos dedicados a la historia colonial. Sin embargo, nuestros historiadores del siglo pasado no fueron en puridad positivistas, ya que en sus trabajos sobre el Tawantinsuyu especularon más de lo que un positivista hubiese suscrito, y además el planteamiento spenceriano no puede calificarse en su totalidad como perteneciente al positivismo. De igual forma, estos historiadores, al estudiar la colonia y biografiar a los grandes personajes del momento, emitieron juicios de valor, enalteciéndolos. La ansiada objetividad del positivista no siempre se asomó claramente. El positivismo, pues, en el Perú historiográfico del siglo XIX tuvo un desarrollo particular y su influencia fue mas bien parcial.

Bradford Burns y también George Vásquez parecieran reclamarle a los historiadores de la centuria anterior una excesiva dependencia de la metodología histórica europea<sup>148</sup>. Raúl Rivera Serna, en contrario, señala que la historiografía decimonónica se desarrolló sin mayores influencias precisas, de modo individual y aisladamente<sup>149</sup>. Quizá debamos matizar ambos extremos. En efecto, los historiadores del siglo XIX peruano conocieron y leyeron a autores europeos y se basaron en algunos de sus presupuestos. Pero, como hemos visto, en varios casos los adecuaron a su propia realidad y no siempre lo que ocurrió allá fue tomado acá de igual manera. Pudiese resultar exagerado pensar en una total dependencia o en un absoluto aislamiento. De hecho, Jorge Basadre, Víctor Andrés Belaunde, Franklin Pease y Margarita Guerra han logrado encontrar algunas líneas directrices comunes en aquella producción histórica. Además, del breve recuento que hemos realizado, nos parece claro que hay importantes coincidencias en ciertos temas según avanza el siglo, preocupaciones similares y necesidades siempre presentes como la de edi-

---

<sup>148</sup> Véase: BURNS, 1978, p. 429; VÁSQUEZ, 1996, p. 132.

<sup>149</sup> RIVERA, 1980, p. 281.

ficar la gran Historia Nacional. Por último, durante el siglo XIX, en Latinoamérica y en el Perú, los historiadores discutieron reiteradamente acerca de la conveniencia de la llamada historia filosófica, debate que reunió a duros opositores en contra de convencidos defensores. Dicha insistencia nos vislumbra —otra vez— tendencias comunes en aquella producción histórica.

Lo que sí parece ser cierto es que no hay una clara y única influencia en nuestros historiadores del siglo anterior. La temática es variada y muchas veces también los métodos. El análisis de los comentarios críticos de José Toribio Polo y su noción acerca de la disciplina histórica, nos lo muestran como un historiador ecléctico: editó documentos, trabajó eruditamente, interpretó, enalteció, juzgó y especuló. La época prehispánica la trabajó de distinta manera que la colonial; y, en ambas, hay elementos relacionados con las escuelas romántica y positivista y otros que no se relacionan tanto. No siguió un claro esquema teórico. En su obra encontramos métodos históricos diferentes, que expresan su condición de pertenecer a una generación de historiadores de transición entre una historia *amateur* y una más científica, y reflejan el cambio y la continuidad propios del momento. Cambio y continuidad son nociones que debemos seguir trabajando para entender los años iniciales de nuestra vida republicana; y, ciertamente también, para analizar la producción de nuestros primeros historiadores.

Nosotros hemos presentado un panorama inicial, una visión global. Pero, en el caso del Perú, con el fin de encontrar su singularidad, es necesario un estudio que analice monográficamente la obra de —por ejemplo— los historiadores contemporáneos a Polo, como Manuel González de la Rosa, Eugenio Larrabure, Rosendo Melo, Pablo Patrón, Enrique Torres Saldamando, Nemesio Vargas, etc., para dirimir más exactamente cómo en efecto las características señaladas para él se cumplen en ellos.

## BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Antonio (1987): «Estudio biográfico sobre Francisco de Avila». En: G. TAYLOR. *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVI*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- BARRA, Eduardo de la (1891): «La tumba de Pizarro». En: *Revista Americana*, número 1, pp. 5-8.

- BARRACA, José (1906): «La Raíz Kam y sus derivados en el Kichua». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 60-64.
- BASADRE, Jorge (s/a): *La promesa de la vida peruana*. Lima, Publicaciones de la *Revista Historia*.
- BASADRE, Jorge (1963-1968): *Historia de la República del Perú*. Lima, Editorial Universitaria, tomos V, VI, VII y VIII.
- BASADRE, Jorge (1979): *Perú, Problema y Posibilidad*. Lima, Banco Internacional del Perú.
- BASADRE, Modesto (1894): «Los Indios Uros». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo IV, pp. 190-199.
- BELAUNDE, Víctor Andrés (1987): *El Perú Antiguo y los Modernos Sociólogos*. En: *Obras Completas*. Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario, 251 p.
- BONAVIA, Duccio (1970): *Arqueología Peruana: Precursores*. Lima, Casa de la Cultura, 240 p.
- BURNS, Bradford (1978): «Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography». En: *Hispanic American Historical Review*, número 58, pp. 409-431.
- CARR, Edward (1993): *¿Qué es la Historia?* Barcelona, Ariel, 228 p.
- CARRANZA, Luis (1892): «Condiciones físicas e intelectuales del indio. Índole artística». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo II, pp. 28-39.
- CATERIANO, Manuel (1877): «Rectificación Histórica». En: M. ODRIOZOLA. *Documentos Literarios*, tomo XI, pp. 358-365.
- COLLINGWOOD, R. G. (1990): *Idea de la Historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 323 p.
- DAGER ALVA, Joseph (1996): *Una aproximación historiográfica a la vida y obra de José Toribio Polo*. Tesis para optar el título de Licenciado en Historia. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 198 p.
- DAGER ALVA, Joseph (1997): «La obra geográfica de José Toribio Polo». En: H. CORDOVA (ed.): *Espacio: teoría y praxis*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 267-279.
- DAGER ALVA, Joseph (1999): «La producción histórica de José Toribio Polo». En: *Histórica*, vol XXIII, pp. 1-45.
- ENCINA, Francisco (1935): *La literatura histórica chilena y el concepto actual de historia*. Santiago.



- FUETER, Ed (1953): *Historia de la Historiografía Moderna*. Tomo II. Buenos Aires, Editorial Novoa, 307 p.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1879): «La historia de los Incas por Cieza de León». En: *Revista Peruana*, tomo I, pp. 37-43; 133-136.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1907): «El Padre Valera, primer historiador peruano». En: *Revista Histórica*, tomo II, pp. 180-199.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1908): «Réplica al señor Riva-Agüero». En: *Revista Histórica*, tomo III, pp. 190-204.
- GONZÁLEZ DE LA ROSA, Manuel (1910): «Las obras del Padre Valera y de Garcilaso. Réplica inevitable y única a la tesis sostenida ante la facultad de Letras, para optar el grado de doctor por José de la Riva-Agüero». En: *Revista Histórica*, tomo IV, pp. 301-311.
- GOOCH, G. P. (1942): *Historia e Historiadores en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 607 p.
- GUERRA, François-Xavier (1989): «El olvidado siglo XIX» En: *Balance de la Historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*. Pamplona, Universidad de Navarra, pp. 593-631.
- GUERRA MARTINIERE, Margarita (1991): *La ocupación de Lima (1881-1883)*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú. 354 p.
- GUERRA MARTINIERE, Margarita (1994): «La República». En: *Historia General del Perú*, tomo VII. Lima, Brasa.
- GUIMARAES, Enrique de (1907): «Algo sobre el quipus». En: *Revista Histórica*, tomo II, pp. 55-62.
- HAMPE MARTÍNEZ, Teodoro (1996): «Trayectoria y balance en la historiografía: 90 años de la Academia Nacional de la Historia (1905-1995)». En: *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, número 23, pp. 39-61.
- KAUFFMANN DOIG, Federico (1964): «Los Estudios Chavín (1553-1919)». En: *Fénix*, número 14, pp. 147-249.
- LOHMANN VILLENA, Guillermo (1962-1963): «El Inca Garcilaso de la Vega en Lima: un documento inédito suyo». En: *Revista Histórica*, tomo XXVI, pp. 311-318.
- LORENTE, Sebastián (1879): «Historia de la civilización peruana». En: *Revista Peruana*. Tomo I, pp. 5-15; 81-89; 161-164.
- MACERA, Pablo (1977): «La historia en el Perú: ciencia e ideología». En: *Trabajos de Historia*. Lima, Instituto Nacional de Cultura.

- MELO, Rosendo (1891-1892): «Los piratas y el Callao antiguo». En: *Revista Americana*, números 4-14.
- MENDIBURU, Manuel de (1874-1891): *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*, tomos II, III y V. Lima, Imprenta de Francisco Solís.
- MENDIBURU, Manuel de (1879): «Apuntes históricos sobre la época de la dominación española». En: *Revista Peruana*, tomo II, pp. 33-39; 120-127.
- MENDIBURU, Manuel de (1931-1934): «Prólogo» al *Diccionario Histórico Biográfico del Perú*. Lima, Imprenta Gil.
- ODRIOZOLA, Manuel de (1877): *Documentos Literarios del Perú*. Lima: Imprenta del Estado, tomos X y XI.
- OLIVAS, Antonio (1941): «Bibliografía sintética de José Toribio Polo». En: *El Comercio*, 4 de mayo.
- PALACIOS, Raúl (1988): *La Sociedad Geográfica de Lima. Fundación y Años iniciales*. Lima, Universidad de Lima, 114 p.
- PALMA, Ricardo (1951): «Refutación a un texto de Historia». En: *Tradiciones Peruanas*. Lima: Editorial Cultura Antártica, tomo V, pp. 365-384.
- PALMA, Ricardo (1979): *Cartas a Piérola*. Lima: Milla Batres.
- PATRÓN, Pablo (1891): «Los descubrimientos fenicios». En: *Revista Americana*, números 2, 3 y 4.
- PATRÓN, Pablo (1896): «Apuntes históricos sobre la verruga americana». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica*, tomo V, pp. 435-445.
- PATRÓN, Pablo (1906): «La veracidad de Montesinos». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 289-303.
- PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe (1868): «Prólogo» a la *Historia del Perú Independiente*, tomo I, Lima.
- PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe (1879): «Biblioteca Peruana». En: *Revista Peruana*, tomos I, II y III.
- PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe (1879a): «Rectificación Histórica». En: *Revista Peruana*, tomo I, pp. 47-48.
- PAZ-SOLDÁN, Mariano Felipe (1879b): «Causas Fundamentales de las Grandes Revoluciones en el Perú». En: *Revista Peruana*, tomo I, pp. 366-372.
- PEASE G.Y., Franklin (1986): «Introducción» a P. CIEZA DE LEÓN. *Crónica del Perú*. Primera parte. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Academia Nacional de la Historia, pp. XI-XLIII.

- PEASE G.Y., Franklin (1987): «Prólogo» a V. A. BELAUNDE. *El Perú Antiguo y los Modernos Sociólogos*. En: Obras Completas. Lima, Edición de la Comisión Nacional del Centenario, pp. LXIX-LXXIX.
- PEASE G.Y., Franklin (1993): «La visión del Perú: La historiografía». En: *Perú, Hombre e Historia. La República*. Lima, Edubanco, pp. 93-128.
- POLO, José Toribio (1870): «Bibliografía». En: *El Nacional*. Lima, 1 de Julio.
- POLO, José Toribio (1877): «Apuntes sobre Trujillo y sus obispos». En: M. ODRIOZOLA. *Documentos Literarios*, tomo XI, pp. 293-303.
- POLO, José Toribio (1877a): «Apuntes sobre la historia eclesiástica de Arequipa». En: M. ODRIOZOLA. *Documentos Literarios*, tomo XI, pp. 315-357.
- POLO, José Toribio (1891): *Historia Nacional. Crítica del Diccionario histórico-biográfico del Perú del señor general Mendiburu*. Lima, Imprenta de *El Comercio*, 83 p.
- POLO, José Toribio (1897): *Sinopsis de temblores y volcanes del Perú*. Lima, Imprenta y Librería San Pedro, 141 p.
- POLO, José Toribio (1898): «Sinopsis de temblores y volcanes del Perú». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo VIII, números 7, 8 y 9, p. 321-349; tomo IX, números 10, 11 y 12, pp. 388-416.
- POLO, José Toribio (1899): *Memoria de los virreyes del Perú, marqués de Mancera y conde de Salvatierra*. Lima, Imprenta del Estado, 75 p.
- POLO, José Toribio (1899a): «Sinopsis de temblores y volcanes del Perú». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. Lima, tomo IX, números 1, 2 y 3, pp. 15-95.
- POLO, José Toribio (1900): *La piedra de Chavín*. Lima, Imprenta y Librería San Pedro, 66 p.
- POLO, José Toribio (1901): *Los Uros del Perú y Bolivia*. Lima, Imprenta y Librería San Pedro, 40 p.
- POLO, José Toribio (1906): «Un quechuista». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 24-38.
- POLO, José Toribio (1906a): «El Inca Garcilaso». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 232-254.
- POLO, José Toribio (1906b): «Un quechuista» (adición). En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 269-270.
- POLO, José Toribio (1907c): «Blas Valera». En: *Revista Histórica*, tomo II, pp. 544-552.

- POLO, José Toribio (1910): «Tesis doctoral». En: *La Prensa*. Lima, 20 de diciembre.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1954): *Fuentes históricas peruanas*. Lima, Mejía Baca, 601 p.
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la (1908): «Garcilaso y el Padre Valera». En: *Revista Histórica*, tomo III, pp. 46-49.
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la (1911): «Polémica Histórica. El Sr. González de la Rosa y las obras de Valera y Garcilaso». En: *Revista Histórica*, tomo IV, pp. 312-347.
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la (1918): «D. José Toribio Polo» En: *Mercurio Peruano*, número 1, pp. 125-132.
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la (1965): *La Historia en el Perú*. En: *Obras Completas*. Tomo IV. Lima, Instituto Riva-Agüero, Pontificia Universidad Católica del Perú, 544 p.
- RIVERA, Raúl (1980): «Historia de la Historia». En: *Historia del Perú*. Lima, Mejía Baca, tomo X, pp. 281-372.
- RIVIALE, Pascal (1997): «Manuel González de la Rosa, sacerdote, historiador y arqueólogo». En: *Histórica*, vol XXI, pp. 271-285.
- ROMERO, Carlos (1906): «La Virreina Gobernadora». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 39-59.
- ROMERO, Carlos (1906a): «Disturbios religiosos en el siglo XVII». En: *Revista Histórica*, tomo I, pp. 271-287.
- SALAZAR BONDY, Augusto (1965): *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*. Lima, Editores Francisco Moncloa, 2 tomos, 470 p.
- SALAZAR BONDY, Augusto (1967): *La Filosofía en el Perú*. Lima, Editorial Universo.
- SOBREVILLA, David (1980): «Las ideas en el Perú Contemporáneo». En: *Historia del Perú*. Lima, Mejía Baca, tomo XI, pp. 115-414.
- UHLE, Max (1900): «La antigua civilización peruana». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo X, pp. 93-98.
- UHLE, Max (1907): «Algunas observaciones sobre el artículo precedente». En: *Revista Histórica*, tomo II, pp. 63-64.
- URTEAGA, Horacio (1908): «¿Atahualpa?». En: *Revista Histórica*, tomo III, pp. 247-253.
- URTEAGA, Horacio (1909): «El antiguo Perú a la luz de la arqueología y de la crítica». En: *Revista Histórica*, tomo IV, pp. 200-223.

- VARGAS UGARTE, Rubén (1959): *Manual de Estudios Peruanistas*. Lima, Librería e Imprenta Gil, 455 p.
- VARILLAS MONTENEGRO, Alberto (1992): *La literatura peruana del siglo XIX*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 349 p.
- VÁSQUEZ, George (1996): «La historiografía latinoamericana del siglo XIX. El caso de tres historiadores ilustres: Andrés Bello, Diego Barros Arana y Bartolomé Mitre». En: *Histórica*, vol. XX, pp. 131-153.
- VILLAR, Leonardo (1897): «Caracteres de las lenguas americanas en general y de la Keshua en particular». En: *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, tomo VI, pp. 444-460.